

Séptima

—*—
ANTOLOGÍA LITERARIA

Orgullo Zombi

—*—



*Nowel Zaovi González - José Joaquín Jiménez Pérez
Violet Mars - J. C. Hidalgo - Cristina Ortas - Andrea Válciras Fernández
Jess Pires - Helena Anemyr - Eli Macías - Beatriz Martín Valencia
Román Sans Mouta - Lorena Escobar - Julia Neko*



Orgullo Zombi 7



Este libro tiene letra grande para facilitar la lectura en pantallas pequeñas. Si lo lees en un ordenador o tablet, puedes descargar otros formatos.

TAMBIÉN PUEDES COMPRAR LA VERSIÓN EN PAPEL
Y LOS BENEFICIOS SE DESTINARÁN A
FUNDACIÓN TRIÁNGULO

orgullozombi.es



© 2026. Los derechos de cada relato pertenecen a su autor.

Primera edición. Abril 2026.

Ilustraciones de cubierta: *Anatomia Universale* (Paolo Mascagni, 1833)
y *De Europische insecten* (Maria Sibylla Merian, 1730).

Ilustraciones interiores de *Opera omnia anatomico-medico-chirurgica*
(Frederik Ruysch, 1721).

Antología coordinada y editada por Andrés Granbosque.

Orgullo Zombi 7

ANTOLOGÍA LITERARIA

Con obras de:

Nowel Zaoui González
José Joaquín Jiménez Pérez
Violet Mars
J. C. Hidalgo
Cristina Ortas
Andrea Valeiras Fernández
Jess Pires
Julia Neko
Helena Anemyr
Eli Macías
Beatriz Martín Valencia
Román Sanz Mouta
Lorena Escobar

Y la colaboración de

Fran Páez, Yolanda Fernández Benito, Lucía García Díaz-Miguel y Óscar Mor.

CONTENIDO

Condena.....	5
<i>Nowel Zaoui González</i>	
Buena acción.....	21
<i>José Joaquín Jiménez Pérez</i>	
Pimfrey Paquidermo.....	32
<i>Violet Mars</i>	
La ley de la muerte.....	46
<i>J. C. Hidalgo</i>	
Scarbo.....	62
<i>Cristina Ortas</i>	
Nigromancia botánica aplicada.....	75
<i>Andrea Valeiras Fernández</i>	
Me mira mientras muero.....	83
<i>Jess Pires</i>	
Un final en suspensión.....	92
<i>Julia Neko</i>	
Un bicho dentro.....	94
<i>Helena Anemyr</i>	
La anomalía de La Vera.....	103
<i>Eli Macías</i>	
Arquitectura para un duelo.....	111
<i>Beatriz Martín Valencia</i>	
El fin del principio.....	129
<i>Román Sanz Mouta y Lorena Escobar</i>	

CONDENA

Nowel Zaovi González

George Borobia no tenía a nadie que quisiera verle. Por eso su sorpresa cuando le informaron de que tenía una visita.

—Buenas, señor Borobia —dijo el hombre trajeado sentado tras la mampara.

—¿Le conozco? —preguntó George.

—Lo dudo. Me llamo Andrew, de Phoenix Biotech. He venido a robarle un poco de su tiempo para ofrecerle una propuesta.

—Me quedan ciento ochenta años de condena. Qué importan unos minutos.

Andrew sonrió, extrajo una tablet de un maletín y le mostró un vídeo de dos hámsteres. Uno era muy joven, y el otro ya era todo un anciano.

—Muy monos —dijo George—. ¿Pero qué tienen que ver conmigo?

—A eso voy. Los dos han sido cuidados en nuestro laboratorio. ¿Qué me diría si le digo que esos dos especímenes poseen dos características realmente extraordinarias? La primera es que los dos tienen la misma edad. La segunda es que tienen ocho años.

Eso es cuatro veces su esperanza de vida.

—Impresionante que lograrais evitar sus muertes tanto tiempo, pero...

—¡Ah! En eso se equivoca, señor Borobia —interrumpió Andrew, sonriente—. Estos especímenes han muerto muchas veces. Demasiadas. Son muy propensos a ello. El de aspecto más joven fue el primero.

»Lo que está usted viendo es el resultado de lo que en mi empresa hemos conseguido: la resurrección. Sí, así como lo oye. Lo llamamos El método Lázaro. Gran éxito entre nuestros roedores. Ahora estamos buscando probarlo en humanos. Y aquí es donde entra usted.

George frunció el ceño.

—¿Conmigo?

—Alguien debe ser el primero. Estamos seguros de que funcionará en humanos.

—¿Y no hay voluntarios?

—Claro que los hay, pero usted reúne unas características poco comunes que lo hacen único. La primera es que es usted joven, y goza de buena salud. La segunda, y más importante, es que es un hombre condenado. Va a pasarse el resto de su vida encerrado.

—Pueden rebajarme la condena por buena conducta.

—Tarea monumental dada la cantidad de años. Le deseo suerte. Pero la justicia ha dictaminado que ese tiempo es el precio justo por sus crímenes. Nadie espera que la cumpla entera. Necesitaría más de una

vida para poder hacerlo. Más de dos, incluso. Así que, ¿qué hay de malo si permitimos que pueda cumplir la condena? Luego le liberaremos, y podrá recuperar el tiempo perdido.

—¿Y por qué yo? ¿Sabe por qué estoy aquí?

—Sabemos lo que hizo. Hemos leído su ficha. Su caso me llamó mucho la atención. Aunque usted solo proporcionó ayuda a su amigo, el señor Romero... hasta a mí se me revuelve el estómago saber lo que le permitió hacer a esas víctimas. Pero no estamos aquí para juzgarle. La justicia ha sido clara, y su condena es la que es.

—¿Y por qué no ofrecérsela a él?

—Judicialmente, su condena es que muera. Da igual las veces que le revivamos, debe acabar ejecutado. Sería un desperdicio tras tanto esfuerzo. Pero su condena consiste en que pasen años. Podrá salir siendo un hombre libre una vez finalizada. Así que, ¿qué me dice?

George lo pensó. Aquello sonaba disparatado.

«¿Será verdad lo que dice el trajeado? —pensó George— ¿De verdad van a poder ir reviviéndome? ¿Existe la oportunidad de que pueda ser libre?»

Andrew notó la duda en George.

—Quiero que sepa que mi empresa se comprometerá a mantenerlo vivo todo este tiempo. No se equivoque: aún puede morir. Pero nuestro método podrá revivirlo, da igual los daños recibidos. O eso creemos. Además, también parece detener el envejecimiento. O quizás solo lo ralentice. Por eso queremos estudiarlo. Le he dejado todo explicado en el docu-

mento que ha de firmar. Hay un par de asuntos que debe comprender. —George alzó una ceja—. No únicamente ha de quedar claro que usted está conforme y permitir que le traslademos. Queremos que usted mantenga el aspecto y vigor que posee ahora, y para ello nos ha de autorizar que lo matemos. Pero no se preocupe, le reviviremos y nos haremos cargo de usted hasta el final del tiempo estipulado. Una oportunidad única se le ha presentado. Usted... piénselo.

«Qué podría salir mal», pensó George.

Tumbado en la camilla, George se despertó. Sentía la madre de todas las jaquecas.

«Ni en mis peores borracheras me dolía tanto, joder».

Notó cómo los doctores le retiraban las agujas.

—Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos, señor Borobia —dijo Andrew—. ¿Qué tal se encuentra?

—Con dolor de cabeza. Por lo demás, no noto diferencia.

—Nos alegra oír eso.

George observó extrañado el lugar. Sin duda era un laboratorio, pero jamás lo había visto.

—¿Cómo he llegado aquí? Lo último que recuerdo es a usted en la cárcel felicitándome por haber firmado su dichoso documento.

—Eso fue hace dos días. Así que no recuerda el

día anterior... Un dato a tener en cuenta. Supongo que tendré que explicarle todo de nuevo y presentarle el que será su nuevo alojamiento.

Terminaron de analizarle y se vistió, no sin que acabaran esposándole. Seguía siendo un criminal y un hombre condenado al fin y al cabo.

Andrew, acompañado de guardias armados, le guio hasta llegar a su celda y estuvo explicándole todo sobre aquel lugar: los laboratorios, el gimnasio, el parque que rodea el edificio...

«Por Dios... solo quiero llegar a esa celda y tumbarme. Este dolor de cabeza me mata».

Cuando George llegó a su celda, se sorprendió: era mucho más espaciosa y lujosa que la de la prisión, y en vez de barrotes tenía una mampara de vidrio.

—¿Por qué el vidrio? —preguntó George.

—Hemos de asegurarnos de que está usted bien —contestó Andrew—. Además, eso facilita que los visitantes puedan verle. El primer ser humano renacido con el poder de la ciencia. Ya era usted famoso, señor Borobia. Ahora lo será aún más. Permitir que gente venga a verle es parte de lo estipulado en el documento que firmó, ¿lo recuerda?

—No me suena.

«La jerga legal nunca fue lo mío».

—Seguro que si hace memoria, lo recordará. Ahora empieza su estancia aquí. Espero que lo pase lo mejor que pueda hasta que finalice su condena.

George pasó los tres primeros meses en su nueva prisión. Empezó a agradecerle haber firmado, aunque seguía sin comprender todo lo que estaba escrito en aquel documento. Le permitían leerlo las veces que quisiera, pero no se mostraban tan cooperativos cuando pedía explicaciones de su significado.

Recibía mejor trato que en la prisión, y aquí solo estaba él. Le permitían leer libros, ver películas, ir al gimnasio, y hasta salir a dar un paseo una vez cada tres días, aunque siempre esposado y seguido por dos guardias armados.

También recibió la visita de dos personas. Ancianos de clase alta. Parecían muy entusiasmados en hablar con los doctores, pero no con George. A él solo le miraban.

«Imagino que buscáis seguir siempre vivos, ¿eh, richachones? Yo acabaré saliendo de aquí. Veremos quien ríe el último».

En todo este tiempo tampoco había vuelto a ver a Andrew, hasta que un día se despertó en aquella misma sala, en la que renació por primera vez.

—Buenas, señor Borobia —oyó la voz de Andrew.

George miró alrededor con extrañeza y sorpresa.

—¿Q-qué? ¿Por qué estoy aquí?

—Para asegurarnos de cumplir nuestra parte del acuerdo.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué he muerto?

—La junta determinó que su condición de no recordar las últimas veinticuatro horas antes de morir tras ser revivido le hacía idóneo para poder hacer unas pruebas.

—¿Qué pruebas? —George sintió una pequeña punzada en su mano derecha. Observó que el dedo anular estaba algo más oscuro de lo normal, lo que le provocaba un pequeño pero constante dolor. Si estaba en esa sala, solo podía significar que...—. ¿Habéis experimentado hasta matarme?!

—Creímos que a una persona con su historial... no le iba a importar tanto. El documento que usted firmó estipula que podemos hacer todas las pruebas que haga falta.

—¡A la mierda ese papel lleno de palabrejas! Yo no firmé para que me asesinarais por capricho.

—Ayer estuvo de acuerdo —replicó Andrew—. Se lo explicamos y aceptó, precisamente porque luego no podría recordarlo. Así que, dígame, ¿qué más da? Usted seguirá como si nada y nosotros obtendremos datos valiosos. —Se inclinó sobre la camilla con una sonrisa suave—. No se preocupe. Nosotros cumpliremos: lo reviviremos siempre. Aún quedan muchos años de condena. Al final ya se acostumbrará.

En los siguientes ocho años, George vio muchas caras nuevas. Gran cantidad de gente pagaba a la empresa para poder verle. Le habían prohibido interactuar con aquellas personas. Aprendió a ignorarlas.

Cada cierto tiempo volvía a ver a Andrew, que le repetía lo mismo:

—¿Ha visto lo famoso que se ha vuelto? El cóm-

plice del Carnicero de Nevada, y ahora... el primer humano revivido con el poder de la ciencia. Nos está proporcionando cuantiosas ganancias por ello, se lo aseguro.

«¿Qué diferencia hay entre yo y un mono en el zoo? —se preguntó George— ¿Que el mono no ha vuelto de entre los muertos incontables veces?»

Al principio cada tres meses despertaba en aquella sala. Los datos eran o muy valiosos o muy escasos, pues se animaron a hacer más pruebas; primero a una vez al mes, luego cada dos semanas y, finalmente, todos los viernes.

Sus momentos favoritos eran los paseos por el parque e ir al gimnasio. Pero los peores eran los días después de volver de entre los muertos. El dolor de cabeza era horrible.

«¿De verdad siempre accedo a que me estudien hasta matarme?»

Ellos le aseguraban que sí. Pero hasta él había engañado a las víctimas que llevó hasta Romero. No habrían confiado en él si de primeras les hubiera revelado lo que les esperaba.

Pero en algo siempre cumplía la empresa: siempre acababan reviviéndole. Y cuidaban de él. Qué más da si solo tenía que aguantar hasta el final.

—Buenas, señor Borobia.

—¡Auch! —dijo George nada más despertarse. Sintió de nuevo el dolor punzante en la mano dere-

cha. Sus dedos parecían haberse vuelto a oscurecer, casi como gangrenados. Al igual que en otras partes de su cuerpo, parecía que se estuviera pudriendo, pero nunca del todo. Efectos de las pruebas, al parecer. Lo que sí persistía era un dolor constante en aquellas zonas que nunca disminuía—. ¿Cuándo vais a encontrar la solución para que dejen de pudrirse las zonas en las que experimentáis? Veinte años siendo vuestro conejillo de indias valdrán para algo.

—La resurrección es un campo lleno de misterios que aún cuesta comprender —dijo Andrew—. Nuestros científicos trabajan lo mejor que pueden.

—Pues vaya mierda. Me llenáis el cuerpo de cicatrices y piel gangrenada y yo soy el que paga las consecuencias.

—Pero sigue vivo, tal y como...

—Prometisteis, sí —interrumpió George.

—También queríamos comentarle una cosa. Ayer mismo, el señor Romero fue ejecutado en la silla eléctrica. Una muerte no muy agradable. ¿Cómo sienta saber que usted seguirá en este mundo mucho tiempo después de que la gente se haya olvidado de él?

—Casi prefiero que él estuviera aquí, pues significaría que tendría que pasar toda esta tortura constante que no sois capaces de solucionar.

«Solo casi. Al final Romero, te has comido el marrón por las cosas que te manipulé a hacer, aunque bien a gusto las hacías. Y yo podré salir y volver a las andadas sin que nadie sospeche».

—No se sienta tan mal —dijo Andrew—. Sepa

que incluso yo voy a empezar a comprender mejor su situación. Así es. Pronto me someteré al Método Lázaro. Quiero conservar el aspecto de ahora, al igual que usted lleva conservando el mismo desde hace dos décadas.

«¿Significa eso que van a dejar de hacerme tantas pruebas? ¿Podré estar más tranquilo hasta el final de mi condena?»

No.

Incluso se recrudecieron. Se volvió habitual que le hicieran pruebas dos o tres veces por semana. Y él pagaba con todo el sufrimiento que le provocaban. Su cuerpo parecía querer pudrirse en más zonas. Heridas que tardaban en cicatrizar. Pero cuyo dolor no disminuía. Tuvo que empezar a tomar analgésicos. No había manera de acostumbrarse. Apenas podía dormir.

«¿Y tengo que aguantar aún unos ciento sesenta años?»

Creyó que no podía ir a peor, hasta que se despertó en esa sala con el dolor más fuerte que jamás había sentido en el pecho.

—Nos disculpamos profundamente con usted, señor Borobia —dijo Andrew con voz apenada.

—¿Qué? ¡Agh! —gritó George. Sentía como el pecho le ardía de dolor. A cada latido de su corazón sentía una gran punzada que le recorría todo el cuerpo. Miró a su pecho y encontró que estaba lleno de

cicatrices—. ¿Qué habéis hecho?!

—He de confesarle que la culpa ha sido nuestra. La mujer que pagó para visitarle... resultó tener otras intenciones que desconocíamos. Le habíamos dicho que no podía hacerle a usted algo sumamente grave. Que debía conformarse con los métodos más habituales. Pero en un momento de descuido, la mujer sacó un cuchillo y empezó a apuñalarle en la zona del corazón. Como usted estaba amordazado y atado, no pudo detenerla, y los guardias tardaron en intervenir. Los médicos han tenido que reconstruirle el corazón. Ha pasado muerto más de dos días. Pero como ve, seguimos cumpliendo y no le hemos dejado morir.

George, que seguía sintiendo el dolor a cada latido de su corazón, solo pudo mirar a Andrew con horror.

—¿La gente viene para ...? ¡Agh...! ¿Para torturarme?

—Las visitas ya no producían el suficiente beneficio, y los doctores querían estudiar nuevas formas de como el método repara los daños al cuerpo, así que... Se optó permitir hacer esas sesiones. Con gran éxito, además. Muchos se sienten atraídos sabiendo que usted fue un criminal relacionado con el Carnicero de Nevada.

—¡Pero yo no...! ¡Agh! ¡... yo no cometí esos crímenes!

—Poco importa para los visitantes. Aunque aquella mujer fue diferente: es la hermana de una de las víctimas. Ahorró durante años y entró con un nom-

bre falso para tener ese momento con usted. Como el asesino lleva años muerto, vio en usted a alguien con quien sofocar la rabia de su interior. Pero no se preocupe, ahora tendremos mucho más cuidado. Los doctores están ansiosos por ver como evoluciona su cuerpo con su condición actual.

El dolor no disminuía. Cada latido era un recordatorio constante. No le permitía dormir. Su cuerpo parecía querer marchitarse. Poseía el aspecto de un muerto en vida. Hacía tiempo que debería estar muerto, pero aquel maldito método se lo impedía.

Y las sesiones de tortura no cesaban.

«A la mierda. Estoy harto de esto. Treinta años desde que firmé... y no llevo ni un tercio. No voy a poder aguantar. No llegaré al final. He de encontrar la manera de librarme. Seguro que al final algo se me ocurrirá».

—Estamos profundamente decepcionados con usted, señor Borobia.

George recobró el sentido. Un dolor inenarrable le estalló en la cabeza. Quiso gritar, pero apenas podía mover la boca. Apenas podía moverse siquiera.

«¿Qué ha pasado? ¿Qué me ocurre?»

Andrew esperó que dijese algo. Ante la falta de comunicación, ordenó a los doctores que pusieran a

George de pie. Descubrió que aún podía permanecer de pie, pero no mucho más.

—Ha sido una insensatez de su parte —dijo Andrew—. Hace dos semanas, aprovechó uno de sus paseos para quitarle la pistola a uno de los guardias y se disparó en la boca. Se hizo papilla el cerebro, ¿sabe?. Han tenido que reconstruirle. Creíamos que esta vez sería imposible revivirle. Por suerte, ahora sabemos que sigue funcionando el método, pero su cuerpo y cerebro han sufrido grandes daños por el tiempo que ha transcurrido. Aunque lo estudiaremos, que sepa que ha producido un daño irreparable en nuestras investigaciones. —Andrew se aproximó al rostro de George, sonrió y susurró—. Quién lo iba a decir. Un hombre como usted, sin poder aguantar la clase de dolor que obligaba a su amigo a provocar a esas víctimas. Pero no le vamos a dejar morir. Oh, no. Por eso usted era único. Va a cumplir su condena hasta el final, y nosotros le reviviremos todas las veces que haga falta. Es lo que firmó, ¿recuerda?

«Oh, Dios. No...»

George quiso llorar, pero lo único que pudo expresar fue un pequeño gruñido. Apenas era capaz de controlar su cuerpo, pero su mente era plenamente consciente para sentir todo aquel dolor atroz.

Y no podía hacer nada para evitarlo.

—Enhorabuena, George —dijo Andrew—. Ha llegado al final de su condena.

El mundo exterior había cambiado mucho.

George también había cambiado mucho. Para peor, según cualquiera que le viera. Putrefacto y con partes de su cuerpo desprendidas, era un cadáver a todas luces. Pero seguía vivo, a fin de cuentas.

George se encontraba de pie, a la entrada de la empresa, junto con Andrew y los guardias.

—Quién iba a imaginar que nos encontraríamos ciento ochenta años después aún por este mundo. Y usted lo ha hecho posible.

«¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme!», gritó George en su mente.

El cuerpo de George gruñó, apenas algo con sentido.

—Hoy empezará su primer día como hombre libre. Será usted libre de todo crimen.

«¡Mátame! ¡Mátame! ¡Mátame!»

De nuevo, su cuerpo solo pudo gruñir.

—Ya no supone usted una preocupación o motivo de interés para la empresa. Dígame, ¿qué planea hacer?

George cayó de rodillas y de sus ojos brotaron lágrimas. Décadas de práctica para poder hacerlo.

«Mátame... Mátame... Mátame...»

Una alarma sonó del reloj de Andrew.

—¡Felicidades! Ya es libre. Hoy por fin todos los criminales del caso del Carnicero de Nevada han cumplido su condena. —Miró a George con una sonrisa—. Se ha hecho justicia. Ahora es libre de ha-

cer lo que quiera. Venga —dijo a los guardias—, dejémosle aquí.

George solo pudo gruñir y arrastrarse lenta y torpemente por el suelo mientras los perseguía. La muerte le fue negada una vez más, impidiendo el dulce descanso que tanto anhelaba.



NOWEL ZAOUI GONZÁLEZ es ingeniero informático y un apasionado lector y escritor en su tiempo libre. Aunque lleva años escribiendo relatos, esta antología marca su debut en publicación. Gran aficionado al género zombi, se siente especialmente ilusionado de poder contribuir con su historia a esta causa benéfica.

BUENA ACCIÓN

José Joaquín Jiménez Pérez

Oigo ecos lejanos de una nueva refriega entre el ejército y tus hijos. Debo tener cuidado. Una bala perdida (o disparada con intención, porque me tomen por un enemigo) podría dar al traste con todo. Los tuyos, en cambio, no me preocupan. Sé que no me tocarán y harán como si no estuviera. Resulta curioso: exactamente lo mismo que hacían los vivos hasta hace unos meses. Me reiría, pero he olvidado cómo se hacía.

Aquel caminito repelado de allá lo labraron mis botas. Cuesta verlo, con todos esos hierbajos que ahora devoran el patio trasero del Instituto. Me he sentado en estos escombros a fumar y recordar. Un cigarrito de preámbulo para, si tenemos suerte, alcanzar un final. No será feliz, pero sí mejor que el que nos espera.

Venía aquí a hacer mi trabajo, nada más. Cero ganas de problemas, así que no me relacionaba con nadie. Seguro que pensaban que era medio idiota. Flotaba como una sombra, siempre con los auriculares puestos. No quería perder el empleo, mi última bala con los de Reinserción. Había recaído en las drogas y me aterraba que alguien lo notase. El EPI me ayu-

daba: las gruesas gafas no dejaban ver bien los ojos enrojecidos, el traje podía explicar la lentitud de movimientos y la mascarilla, que no hablase demasiado.

Todos esos geniecillos en batas blancas, con su colección de diplomas expuesta en unos despachos repletos de polvo, libros y delirios de grandeza. Todos me miraban por encima del hombro, sin saber que yo también tengo un papelito olvidado en algún cajón, que acredita que sé algo de filosofía. Ellos eran los paladines de la humanidad, cabalgando a lomos de la ciencia, y yo no era más que un bedel exconvicto, el encargado de las tareas indeseables. Una de ellas era sacar los residuos tóxicos por aquella puerta y almacenarlos en el cobertizo del patio trasero. Cada día recorría hasta diez veces aquel caminito. Y así fue como te conocí.

Te sentabas a la puerta del supermercado, al otro lado de la calle. Me gustaba que no suplicas ni pusieras cara de pena. Solo un letrero de cartón: «Tengo hambre». No te hacían mucho caso, como a mí.

Los descolocabas. Tu belleza jugaba en tu contra. Levantar la cabeza y sostenerles la mirada, también, por lo inesperado. Seguro que los clientes del súper se preguntaban: «¿qué hace una diosa mendigando?» y esa duda les detenía la mano a medio camino del bolsillo.

Durante mis descansos para fumar un cigarrito, te observaba pegado a la alambrada, embrujado por el café tostado de tu piel. En ocasiones, te escuchaba canturrear en un francés cargado de acento. Otras veces, nuestras miradas se cruzaban y entonces me

desvivía por volver al trabajo. ¿Qué pensarías de este triste espantajo?

Todas las tardes, al irme a casa, te daba un billete de cinco. No me sobraban, pero prefería ayudarte a gastármelo en venenos. Era mi buena acción diaria. Lo hacía con vergüenza y rapidez, como un negocio sucio. No me atrevía a hablar contigo. «*Merci, monsieur*», me decías, y me regalabas aquellas sonrisas luminosas como una tarde agosteña. Me llenabas el depósito hasta el día siguiente. Había noches que me dormía recordando tu cara, en lugar de entregarme al vicio. Echo de menos aquellas noches. Ahora, la culpa me atenaza los párpados y casi no duermo.

Ser invisible tiene sus ventajas. Un día pasaba el mocho en la cafetería; un mueble más, ignorado por todos. Llevaba los auriculares puestos, pero apagados. Dos geniecillos conversaban mientras tomaban café. Estaban encantados de conocerse y se escupían jerga científica el uno al otro. Hablaban de un compuesto «prometedor» que habían sintetizado. Una enzima modificada o algo así, extraída de las ¿esporas? de no sé qué bichejo con nombre en latín. Siempre he sido curioso; no entendía nada de aquel galimatías, pero mis orejas se tensaron con interés. Aquellos batas blancas bajaron la voz para comentar el éxito de las primeras pruebas. Como la lluvia que revive la hierba seca, habían logrado recomponer tejidos dañados en sus cobayas y querían probarlo pronto en humanos. Sin pensar —como hacía todo por aquella época—, me colé en el laboratorio y ro-

bé una muestra. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Quizás fue solo por joder; me habían pisado lo fregado.

Al salir aquella tarde, billete en mano, había un gran revuelo frente al supermercado. Un camión — nuestro camión, el que venía a llevarse los residuos del Instituto— se había empotrado contra el muro y un corro de gente lo rodeaba. Algunos noneaban con la cabeza o chasqueaban la lengua. Otros pocos se giraban con el rostro crispado. Alguien pedía a gritos una ambulancia. Eché a correr, rezando no sé a quién para que no se tratase de ti.

Pero sí, mi diosa yacía en la acera, desmadejada como una muñeca rota. Tus piernas destrozadas se doblaban en ángulos antinaturales. La sangre cubría tu pecho, que subía y bajaba con violencia. A tus grandes ojos negros se les escapaba la vida. Sentí una pena infinita.

Espanté a los curiosos con gritos de maníaco y me arrodillé a tu lado, donde tantas veces había ansiado estar, pero no de la manera que imaginé. No podía hacer gran cosa, pero me acordé de lo que llevaba en el bolsillo. ¿No dijeron que arreglaba tejidos? No perdía nada por intentarlo. Acerqué el vial a tus labios y vertí la mitad. No funcionó. Te morías. Rebusqué en mi chaqueta hasta dar con un *pollo*. Ni recordaba de qué era. Solo quería que te marcharas con un buen viaje. Mezclé el polvillo con lo que quedaba de líquido y te lo hice tragar. Te quedaste inmóvil. Yo te acunaba en mis brazos. Nadie supo qué hacer conmigo hasta que llegaron la luz fría y la sirena fatal de la ambulancia. Los sanitarios me apar-

taron sin delicadezas y se te llevaron. Me pasé la noche llorando, deshilachado en el suelo de mi cocina.

Al día siguiente me arrastré hasta el Instituto y traté de pasar desapercibido, arropado por la autocompasión. Me habían arrancado de cuajo lo único hermoso en mi vida. La jornada pasó en un suspiro y, a la salida, casi me muero del susto cuando te vi al otro lado de la alambrada. Era imposible que aquellas piernas rotas en mil pedazos te sostuvieran en pie y, sin embargo, allí estabas. Espectral, pero intacta. Descalza, vestida solo con un camisón de hospital grotescamente manchado de sangre seca. «No es mía», me dijiste.

Salí a la calle. Me contaste que te llamabas Michelle y venías de Haití. Que era la segunda vez que escapabas de las garras del Barón Samedi y que te iba a hacer pagar el precio, con sangre. Habías venido a despedirte y a dar las gracias. Yo estaba petrificado, pero tú me acercaste hasta ti y me besaste con aquellos tiernos y fríos labios de amapola. Me perdí. Por un breve instante estuve en el Paraíso, pero me mordiste el labio hasta sajarlo y me aparté, asustado. Grité, y en la boca abierta se coló el sabor a herrumbre de mi propia sangre, que se mezcló en el paladar con el aliento de tierra vieja y formol que traía tu boca.

«No, no. *Très désolé*» acertaste a decir, con la mano extendida hacia mí y tus ojos de fiera abiertos en una disculpa. «*Merci, bokor*. Debo irme, tengo hambre. Ahora siempre tengo hambre». Y te marchaste, a la carrera, dejando un rastro de huellas ro-

jas. Me quedé plantado, intentando descifrar qué coño era eso de «bokor». Ahora sé que debo agradecer que no me arrancases la cara de un bocado. ¿Quién puede culparte? Hambrienta y con tanta carne al alcance de la mano.

Unos gritos descarnados e inhumanos me sacaron del estupor. Venían de más allá de la esquina del supermercado, todavía con la herida abierta del accidente en su fachada. Como siempre, hice lo contrario a lo que debía y me encaminé hacia allá. La voz que se debatía con horror no era la tuya. Era, sin duda, de niño. Pero tú también estabas allí de cierta manera. Eras la causa. Tardé lo que me parecieron minutos en doblar la esquina. Tendrían que haberme detenido los sonidos húmedos de masticación, pero la curiosidad es una maldición.

Le habías desgarrado la aorta a un pobre niño que pasaba por allí. De un lado de su cabeza caída brotaba todavía un leve chorro de sangre, bañando toda la acera y a ti, una pesadilla que mordisqueaba a grandes dentelladas el antebrazo inerte de tu víctima. Me quedé clavado. Las piernas no me respondían. Interrumpiste el banquete para componer una piedad macabra, abrazando los despojos del niño. Le acariciabas el pelo mientras cantabas con los ojos cerrados y una voz dulce que salía de tu boca roja:

Dodo ti pitit manman

do-o-do ti pitit manman

Si ou pa dodo krab la va mange'w

Si ou pa dodo krab la va mange'w

Manman ou pa la l'alé nan maché
papa ou pa la l'alé larivyè
Si ou pa dodo krab la va mange'w
Si ou pa dodo krab la va mange'w

Creo que me oriné encima al encajar todas las piezas. Había creado un monstruo, hermoso y terrible. Abriste los ojos y cruzamos las miradas por última vez. Tus ojos decían sin palabras: «vete». Las rodillas no me obedecieron de inmediato, pero en cuanto vi que el niño se incorporaba y te ofrecía el brazo que no había sido masacrado, que los dos os alejabais de la mano, ya solo pude correr en dirección contraria como si hubiese visto al diablo. Quizás así fue. No me detuve hasta llegar a casa.

Entre temblores, me encerré en el piso y perdí la noción del tiempo. Al principio, creí que la policía vendría a detenerme por el robo en el laboratorio, pero las sirenas que rasgaban la noche tenían asuntos más importantes de los que ocuparse. El caos se desató enseguida, no como fichas de dominó, sino más bien como una tormenta de mierda. Desde mi trinchera de mantas veía en la tele —hasta que cayó la señal— las imágenes del hundimiento. No daba crédito. Llegué a pensar que mi cabeza se había quebrado, pero era el mundo lo que estaba roto.

La radio dijo que el paciente cero surgió aquí, en la capital. Sé que eres tú. Tan seguro como sé que, con mi buena acción, comencé la III Guerra Mun-

dial. Resulta que los capullos de Kant y Comte, con su sistema invertido de moralidad, tenían razón. Cualquier acción por la que somos recompensados —como tomar drogas— es calificada como pecado y, por el contrario, no hay buena acción que sin castigo quede.

Si no ocurre un milagro, vais a ganar esta guerra. Es una cuestión de números. Tus hijos solo mueren si pierden la cabeza; se regeneran al comer y cada baja humana pasa a engrosar vuestras filas. Todo el que puede se alista, claro, pero casi no queda gente para apagar fuegos o atender a los enfermos. Los pocos países que pudieron aislarse intentan ayudar, pero ¿cómo? Ninguna frontera detiene lo que ya no tiene nada que perder. Más temprano que tarde, caerán también.

He hecho lo posible por mantenerme con vida. Llegó el momento en que tuve que salir a por comida. Lo que tenía que haber sido una cita con la muerte se convirtió en una valiosa lección. De tantas veces como me vi acorralado por un enjambre de no-muertos que me ignoraba y se centraba en otros desgraciados, ya he aprendido que mi carne no os interesa. No me consuela demasiado, pero es lo que hay. Creo que es gracias a aquel beso. De alguna manera estoy marcado. Cuando no quede nadie vivo, lo mismo me tomáis como mascota.

Y aquí estoy, de vuelta en el Instituto. Sé que aún hay gente trabajando aquí dentro. Por eso los militares mantienen un perímetro de seguridad. No lo hacen demasiado bien, se les ha colado esta sombra.

Tampoco les culpo, hacen lo que pueden. Una red de pesca no es una mosquitera.

¿Puedo ser yo el milagro? No lo sé, pero nada se pierde por probar. Eso fue lo que me dije aquel día, ¿no?, y mira dónde nos ha llevado aquella decisión impulsiva. He venido por si algún cerebritito es capaz de averiguar por qué soy inmune, qué es lo que me hiciste. Te quiero, Michelle, pero supongo que preservar la raza humana es más importante. De todas formas, no cuento con volver a verte. Apago la colilla contra los cascotes. Voy a entrar en el edificio — aún conservo las llaves—, antes de que me arrepienta.

Le he dado muchas vueltas al asunto durante mis largas noches de insomnio, arropado por los aullidos de tus hijos y el tableteo de las armas automáticas. En las noches buenas, me digo que esto es el final de la guerra. Los cerebritos darán con un camino. En las noches malas, asumo que me harán preguntas. No me quedará más remedio que contar lo que hice. Estoy seguro, segurísimo, de que esta buena acción no quedará sin castigo.



JOSÉ JOAQUÍN JIMÉNEZ PÉREZ (Huelva, 1980) es un periodista reciclado al marketing y la comunicación. Mientras sobrevive a su propia historia de terror —salir del paro—, se desahoga escribiendo e inventando cuentos para dormir a su hija. Ha pasado por varias escuelas de creación literaria y ha escrito más de 80 relatos. Ha ganado concursos de lo más variopinto y ha publicado en *Droids & Druids* y en las antologías *Viaje desdoblado* (El sueño de Mary Read), *Yo soy el pirata Roberts* (Tinta Púrpura) e *Historias Phantásticas III* (El Transbordador). Promete que cuando encuentre trabajo resucitará esa novela que lleva años dormida en un disco duro. Si te cruzas por Madrid con un zombi currículum en mano, probablemente sea él.

duelo*

1. Espacio donde el tiempo se vuelve espeso y la mente comienza a caminar descalza.
2. Acto silencioso de renuncia a todos los futuros que no caben en una decisión tomada.
3. Proceso íntimo en el que elegir, inevitablemente se parece a perder.

El duelo no solo implica perder a alguien. Hay duelos que no nacen de la ausencia, sino de la elección. Se hace duelo por el futuro que imaginábamos, por la versión de nosotros que habría sido distinta teniendo en cuenta la elección contraria. No solamente se llora por alguien que no está, también por algo que no ocurrió o por una versión de uno mismo que no se llegó a alcanzar.

Se hace duelo por la casa que ya no existe, por los planes que no llegaron a ser, por las palabras que no se dijeron y también por los caminos que no pudieron ser elegidos.

El duelo es una estación intermedia entre lo que se sueña y lo que finalmente es nuestro destino. No siempre rompe: a veces afina. Obliga a mirar al frente y sopesar el precio de decidir. En ese gesto, deja un espacio nuevo donde antes todo era posibilidad.

* Definición de LUCÍA GARCÍA DÍAZ-MIGUEL

PIMFREY PAQUIDERMO

Violet e Mars

«Anuncio definitivo. Es el final. RE-MA-TE»

No, de verdad lo ha sido. El cartel, que ahora ya empieza a estar amarillento, decía la verdad. El final. De todos esos seres también lo será. Pero primero fue la juguetería. Que lo atestigüen, si no, esas marcas que han dejado en la fachada las letras del rótulo. Ya. *Consummatum est*. La empresa *Fun4YOU* ha pasado a mejor vida y con el cierre de puertas de esta sucursal, la última, de hecho. ¡Las jugueterías han muerto! Es el final. Los infantes ya no quieren ser piratas, nada de viajar en coches pequeñitos derrapando por los bordes de las alfombras del salón, no quieren canicas, extintos quedan esos deseos de perderse dentro de las espirales de cristal, microcosmos en bolitas, fascinantes. No hay historias que contar paseando por las calles de ningún Monopoly. Ya nadie pelea por las propiedades azul marino, no existe ni el pavor a caer en la casilla más cara. Las tardes de verano no se antojan ya eternas bajo el sol abrasador, pues nada alumbraba más que una pantalla led. Y por supuesto que ya no quieren ser princesas, ni tener bebés redondos y rechonchos de plástico que absorben papillas sintéticas imposibles y hacen caca des-

pués. Ya ni siquiera quieren pretender ser mecánicas las niñas, tejiendo engranajes con tuercas inviábiles como lo son los mapas de relojes aturcidos, y los niños... no quieren cocinar con plastilina, ni mancharse los dedos, ni oler rotuladores de puta fantasía azucarada. Todo ese aroma a uvas, las cuales solo podrían ser extraterrestres, condensado en la tinta. Listo para esnifar. ¡Guardadito dentro de un rotulador! Aunque había una muñeca, sector 7G, cuarta balda a la izquierda, con el pelo ultravioleta que olía igual.

Ya no quieren eso. Se mecen en los simuladores de vida. ¡Simuladores de vida! ¿Para qué quieren simular algo que pueden vivir? ¿Qué sentido tiene?

Me tambaleo entre las estanterías vacías sin saber muy bien por qué. Yo, soborroteado durante treinta años por manos y manitas que casi llegaban al acoso. Pimfrey Paquidermo, enorme sin vértebras que me sujeten, ahora sin ilusión que me sostenga la enorme cabeza confeccionada en tela peluda grisácea. Parezco un elefante, como los de los cementerios, porque una trompa no tan grande me cuelga sobre la boca, pero bien podría ser un hipopótamo venido a menos, o un rinoceronte con el cuerno triste. Triste, rato largo. Molido, vapuleado. Piojoso, joder. De mascota del paraíso a trapo apolillado. Puede, después de todo, que sea realmente también mi final.

Aquí yacen las jugueterías. Entre las estrellas de un gris azulado más oscuro que me cubren toda la piel sintética. Pican.

*Pimfrey Paquidermo reía y reía,
sobre todo los sábados a mediodía,
reía y hacía reír a miles de niños.
Dedos gorditos, sonrisas rosadas,
chicles de cereza, brackets en los piños,
abrazos perfumados, piñas coladas.
Gusiluces con luces.
Felicidad por doquier, mil metros cuadrados.
Los juguetes ahora se hacen cruces,
con colores, intactos, sin bordes deshilachados.
Todos muertos, al no jugar con ellos.
Los niños las pantallas prefieren,
lejos quedan esos felices destellos.
Con abandono es como de verdad se hiere.
Bola número 8, deshecha y seca, al fondo, en la
estantería...
Parece un arma arrojadiza ideal, pero mejor es el odio y
la dinamita.
Vídeos cortitos, flashes de luz, no superhéroes, solo
influencers.
Pimfrey Paquidermo reía y reía...
Urdiendo un plan sin quererlo, ebrio de abandono,
alcanfor y silencio,
Voy a matarlos a todos. Durará un segundo...
shhhhhush...
Más si cabe. Ahora. Entre la locura del que ya no tiene
nada.
Solo espera que un hada desdentada,
de las que antes robaban dientes,
y regalaban monedas a los niños que...
...impacientes...*

*a gastarlas iban a Fun4YOU,
 venga a salvarle de la agonía, las cucarachas, el efecto
 Tyndall,
 y de los demonios de su cabeza de relleno de peluche.
 Maquinaciones... que chasquean, fugaces, persistentes,
 intrusivas.
 Nadie sabe que dentro del paquidermo,
 Latía el corazón de un indio mapuche.
 Kalkutun
 Pum.
 Kalkutun*

No tengo una conciencia clara de cómo llegué aquí. Me levanté del suelo sucio, entre rótulos tirados, con manchas de pisadas. «Remate final hasta el Día de Reyes. Saqueo en mi hogar. Segunda unidad al 50%, 3x2». Hasta que casi se quedó vacío. El silencio se había adueñado del enorme local y el arcoíris que era un distintivo de la tienda, todavía marcaba como una cenefa pretenciosa y estúpida todo el borde de la pared. Nuestro velociraptor de la entrada se había ido lejos. También la máquina de «atiza al conejo al salir de su madriguera», el dispensador de bolas de chicle, el gancho que atrapaba peluches... Jirones de papel de regalo con el logotipo de *Fun4YOU* se movían bailando entre los estantes vacíos. Un pueblo fantasma en el desierto de California. Enorme, sin nada.

Antes, dentro de mí habitaba, de 9:30 a 22:05, de lunes a sábado, Theodomiro Nahuel Mañao. Cin-

cuenta y cinco años. *Fun4YOU* era su vida, por eso a las 9:29 del martes, sus vértebras atlas y axis se separaron brutalmente en un chasquido violento y final, cuando la soga de 25 mm de grosor laceró su cuello por el impacto que la gravedad del planeta Tierra y sus 85 kilogramos urdieron una vez la pequeña escalerilla, que en otros tiempos sirvió para reponer los *scalextric* de las estanterías superiores, dejó de sujetar sus pies.

Ojos vidriosos y abiertos, perdiendo la transparencia. Me miran. Llevan mirándome de una manera insoportable desde hace 7288 minutos. Todavía nadie lo ha encontrado y pende de la soga en medio de la nave vacía. Un péndulo en el lugar exacto en el que estaba el buzón para las cartas a *Santa Claus*, al lado de las *barbies* de ensueño y sus armarios.

Esos ojos que vieron sin ver, cuando ya no querían la vida, el último atisbo de un escaparate en Montevideo para refugiarse de la muerte. Hermoso y enorme. El castillo. *¡Por el poder de Grayskull!* Un imposible. Lo miraba anonadado haciendo vaho con su aliento en el cristal. No era Navidad, era el invierno austral. Pero en Navidad tampoco habría dinero. *¡Si no había ni para comer!* Fue antes de venir a España con su mamá. *¡Cuánto deseó tener juguetes!* Lo de ser mascota lo llevaba en la sangre, ya desde que su padre dejó las orillas del Toltén para acabar vendiendo pipas y chucherías en *La Bombonera*, enfundado en una elefantiásica camiseta azul y oro, cabeza de pantera y sudor insoportable, mientras sonreía ofreciendo piquitos dulces, palitos de la selva y alfajores.

La hinchada del *Boca* vibraba igual que el esqueleto metálico del estadio y Nahuel siempre acompañaba a su papá. Fueron los buenos tiempos. Doscientos pesos ley cada tarde.

De ahí a *Gauchito*, con sombrero de campo, rebenque en una mano, encarnado por Nahuel con 8 años saltando en la grada, coronada la albiceleste en el *Monumental*, el rey *Kempes* como una lagartija imparable golpeó el *Tango Duralast*, igual que un misil bombardeó la meta de *la naranja mecánica*. Bullía la afición, y en el corazón de Nahuel, en el punto justo en el que la electricidad genera los latidos, con los brazos de su padre arropándolo, se sintió tremendamente querido en medio de la marabunta de gente y los petardos; después de todo era Gauchito, en su patria, no en la de su padre y la de sus ancestros, que habían sido las tierras más allá de los Andes, enmarcadas por el cielo y el agua, la Luna y las canciones de los chamanes mapuche.

Montevideo vino después, mientras que la Argentina se ahogaba en la inflación. Allí, Nahuel, aprendió que todo lo que quedaba de su padre era el recuerdo de ese abrazo mientras Daniel Passarella elevaba la copa a los cielos de Buenos Aires. Mamá y él emigraron a España justo en el 82. Un ataúd de madera barata, sin lápida encima, solo tierra y ladrillos, selló la vida de su padre, el cadáver todavía olía a *fernet* con colillas. Allí quedó, en el Cementerio Central, apenas con una inscripción, en aquella zona donde los pobres no tenían ni para enterrarse con dignidad. Ahí se quedó el abrazo, y su padre, su ni-

ñez, la esperanza de un mañana mejor.

El vuelo de *Iberia* pisó el suelo áspero de Barajas en mayo. Interminable Atlántico, cuando todavía se fumaba en la cabina, el aire del avión irrespirable. Entonces, una naranja gorda de ojos verdes le salvó la vida, ese verano, en el *Vicente Calderón*. Así ayudó a su madre a salir a flote en un Madrid vertiginoso, vibrante entre la movida y la libertad que pudo más. Para cuando tuvo 15 años también la había enterrado a ella, devorada por un virus que entonces era una incógnita y un estigma. Vinieron la calle y una dosis extra de supervivencia. Mirando de reojo a esas cucharas sobre mecheros con líquido burbujeante. *No me vas a matar a mí también*, se repetía todas las noches, como un mantra cobijado por su tienda de campaña naranja y azul. Un día decidió dejar para siempre la urbe enorme para acabar meciéndose en una ciudad pequeñita, volviéndose de provincias y queriendo esconder su acento. El anonimato. Sí, el anonimato. Más lejos de *la Bombonera* y *Gauchito*. Eso siempre en el recuerdo. Luego fue Pimfrey. Paquidermo. Amor a primera vista. Un sueldo modesto. Habitación arrendada. Casera anciana necesitada de cariño y con un ansia patológica de control. Sin calefacción. Techos altos y cenefas. Nunca le habló a nadie de la relación amor-odio que mantuvo con esa mujer porque nunca supo realmente cómo sentirse, pero cuando murió, quizá por alguna pastilla de más en la combinación del desayuno, se quedó callado mientras se apoyaba en el marco de la puerta y no llamó al 112. La baba empezó a deslizarse por la co-

misura izquierda, rictus mortecino a la vez que la voz de *María Teresa Campos* rebotaba entre los platos de *Duralex* del color de la miel. Culpa, ¿Quizá? No, no sintió culpa, solo algo parecido al alivio. Y no se refería al mismo que a veces había notado sin ninguna falta de intención entre las piernas de la vieja para que le perdonara el dinero del alquiler. Heredó su renta antigua y ella drenó cualquier atisbo de ambición que le quedara.

Solo se acercaba a la felicidad cuando se enfundaba en *Pimfrey Paquidermo*. Casi cuarenta años de disfraz que la empresa se había empeñado en modernizar en varias ocasiones. Pero Nahuel nunca lo permitió. Por las noches, aseaba y suturaba con mimo mis heridas. Ronroneaba sobre mí y me abrazaba. A lo lejos, más allá de la cocina mugrienta, el sonido de la máquina para respirar que hacía que el oxígeno llegara a los pulmones de la casera mientras dormía. Celosa de mí. La vieja me odiaba porque le quería solo para ella. Por eso tuvimos que matarla.

Ahora el plan es sencillo.

Eficaz. Poco doloroso en su ejecución. Por su culpa mi humano pende de esa sogá y me mira con las córneas casi blancas. Me ha mirado tanto que he tenido que tomar una determinación. Así que lo descuelgo no con poca dificultad. Empleo la misma escalerilla plegable. Me molestan la trompa y la barriga mientras que el esfuerzo me ha hecho regurgitar media docena de polillas resistentes al alcanfor, todavía vivas. Huele peor que yo, pero aún así siento un amor que no puedo explicar. Si vivo, es por él. Su

empeño le hizo conseguir que yo cobrara vida. *Soy un chamán mapuche*, me decía, con mirada enorme que aterraba, y se le salían los ojos. Yo sonreía, pero mi boca se escondía detrás de la trompa. *Estaremos juntos hasta el final*, repetía una y otra vez mientras suturaba mis costuras carcomidas y metía debajo de ellas algo que un día le dio su madre, que a la vez le había dado su abuela, allá lejos, bajo el cielo y los astros chilenos.

Así que me levanto la cabeza y lo fagocito. Está azul y friable. Ya lejos del rigor mortis, menos mal. Mi pobre amigo Nahuel. Las pantallas de esos pequeños seres asquerosos lo han matado. Se lo han llevado lejos de mí y yo tengo que vengarme.

Lo siento raro al estar dentro y tener que tomar yo el control. Han sido años a la inversa. Supongo que ahora es como si fuéramos un extraño artrópodo. No siento su calor ni sus latidos. Eso me enerva. Pero hay un plan que cumplir. Nosotros, adalides de la justicia. Nahuel es el *Cid campeador* recuperando Valencia, lo que me convierte a mí en un improvisado *Babioca*, peludo, de poliéster, carente de latidos mamíferos ni empatía, pero recubierto de esas estrellas asquerosas que me invaden la piel.

El piso no está muy lejos. Cerca del trabajo. Como a él le gustaba. Al pasar por delante del *Latin Lover*, me saludan un par de chicas a través de las ventanas cubiertas con toldos burdeos. ¿Los demás? Me cruzo con tres colgados a los que no parece impresionar ver un enorme paquidermo oliendo a descomposición rondando por las calles. El alba está empezando

a llamar al sol mientras que el cielo se tiñe de naranja, pero los ojos de Nahuel ya no dejan pasar casi la luz. Nahuel no habla, pesa mucho mientras sus músculos se desbaratan y solo las larvas me ayudan a seguir caminando.

Me encierro tras la puerta izquierda después de subir seis pisos sin ascensor. Cada escalón ha costado un mundo. Sus pies inertes y fríos dentro de mis pezuñas de elefante. Tobillos bailones chasqueando, los ligamentos laxos, los cartílagos deshaciéndose.

El piso huele acre. El aroma de la cal viva me llena los sentidos que no tengo. Soy de peluche. Un disfraz, una pantomima. No soy nadie, pero encontraré justicia. Saludo a la vieja con una reverencia y parece que aún muerta y tiesa le devuelve una sonrisa jocosa a mi camiseta corporativa. Hija de la gran puta.

La tele *Elbe* de 20 pulgadas, que baña con rayos catódicos los mantelitos de ganchillo del salón y el revistero rebosante de números atrasadísimos de Burda llevará encendida, seguramente desde el martes al desayuno. Las *maninas* momificadas de la señora todavía sostienen una aguja de ganchillo y un trapito rancio, inacabado igual que la última cena de Nahuel, de la que todavía descansan, sobre la mesa plegable, los restos del bocata serranito y el envase vacío de los macarrones boloñesa del súper de la esquina. Un lujo solo apto para solitarios. Bien sé de los placeres de Nahuel; frigorífico rebosante de *Mago Lassi Super Booster energy*, comprado directamente desde una página de dudosa reputación que importa fantasía asiática, un caldero de playa lleno

de caramelos de menta *Exol extra* cuyo consumo excesivo puede provocar efectos laxantes como el fondo de mis entrañas atestigua, la colección completa en VHS de la *Doctora Quinn* y cómo no... juguetes rotos, hibridados, transformados distribuidos por la economía de los 87 metros cuadrados del piso de la señora. Todo lo muerto y repudiado; por si un día llegaba el final de las jugueterías. Allí, habría un reducto, un hospital de campaña de desmembramientos y medidas de confort. Engendros. Señales.

Lo mejor, brillante y llamándome desde el rincón en el que un día estuvo el arenero del gato y todavía hay marcas del orín que rebosaba día sí, día también. La *gatling*. Debería de haber estado varada tras un cristal implacable que rezara «solo romper en caso de emergencia», pero estaba ahí y yo lo sabía. También sabía cuál era la mejor ventana si quería apuntar al parque y el promedio de niños que solían corretear los domingos por la tarde. Había observado desde mis ojos de metacrilato sus risas estúpidas durante los pocos ratos que dejaban sus pantallas en casa, acompañados de sus padres más estúpidos todavía con todas esas bolsitas de meriendas nutritivas y perfectas. Perfectos. Asépticos. Culpables del final de los juguetes.

Al filo de las 5 de la tarde, el cuerpo de Nahuel empezó a rezumar un líquido asqueroso que me calaba el guateado interior. Para entonces llevaba mirando por la ventana del baño exactamente 5 horas y 37 minutos, había recortado un par de tablillas de la persiana y ajustado la *gatling* con cinta aislante sobre

el escurrerplatos oxidado de la vieja, éste a su vez se aposentaba cómodamente sobre la mesita auxiliar de la tele, ideal con sus ruedas ideadas para poder desplazar el televisor y ver «el precio justo» en familia.

Familias. La primera ráfaga de disparos ocurrió sin verla venir. Veintiséis proyectiles rasgaron el cielo. Siete niños, dos toboganes, un globo de agua. No titubeé. Al fin y al cabo un corazón de poliéster es parco en latidos, y el de Nahuel, al lado del mío, podrido y con sangre coagulada ya no era un corazón cuando se ajustó la soga al cuello, era un avispero; furioso, tan deshecho. Maltratado. Por eso la segunda tanda de disparos no tardó mucho en llegar, con ella veinte impactos más. Gritos de terror. Lloros. Arena y sangre como si de un coliseo se tratara. Calderos y formas llenos de gravilla, sin dueños ahora. El llanto desgarrado de una madre. Pánico hecho sonido. Segundos no más. Otra sarta de balas. Sembrando muerte entre los columpios. Hora punta. Un balón que estalla como el bazo de ese pequeño, ese de tres años que ya no cumplirá más. No más tartas, no más velas, no más globos. No más. Con las balas que me quedan arraso con cualquiera que encuentro. Ensordecedor. Mezclado con las sirenas, que a lo lejos no saben que ya llegan demasiado tarde.

El final está preparado.

Nahuel no dejó ningún cabo suelto.

Confeción casera. En la boca de él, en el centro de mi cabeza. Detonador entre mis pezuñas paquidérmicas. Luego ya no sabré nada. Pero supongo que los azulejos sucios y rotos se estamparán sus sesos ya

medio licuados, mezclándose con el algodón y el *poliespán* de mi estructura cefálica, en medio de una traca final perfecta y mágica como la de aquellos desfiles en los que salíamos juntos...

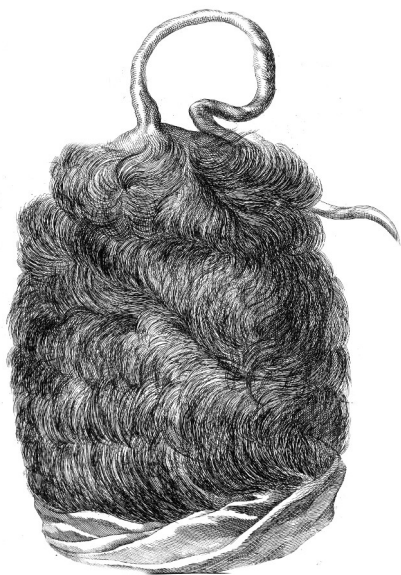
...Antes del final de las jugueterías.

Boom.

Ya no siento nada. Pero es que...

...ya no lo sentía antes.

Antes del final de...



A veces Violeta Martínez Robles (León, quinta de Naranjito), a veces VIOLET MARS (entre el Mare Tranquillitatis y Nantucket, no importa la fecha), ha exorcizado sus demonios durante más de la mitad de su vida escribiendo fanfiction e imaginando decenas de personajes que solo respiran en sus diarios. En su tiempo libre se dedica a los entresijos de la hemostasia, siguiendo los pasos de Rasputín y manejando raticidas. Ella y un pequeño de ojos grandes, medio capitán ballenero, medio astronauta, habitan en una casita de chocolate a orillas del río Porma. Pimfrey es el primer personaje que ha conseguido escapar a su control y salir al mundo.

LA LEY DE LA MUERTE

J. C. Hidalgo

Una grieta de luz oscura rajó el aire y creció hasta formar un agujero. Una mujer encapuchada salió de él. Vestía un sudario negro, con la cara pintada como una calavera con los rasgos y los contornos en forma de flor de colores en diversos grados del gris. Sus labios pintados como una dentadura sujetaban un cigarrillo que nunca se consumía. Era una de tantas muertas, encargadas de llevar las almas de un lado a otro. Esta, en concreto, se llamaba Enlutada.

Tras ella, le siguió Conantonio el bárbaro, alto y musculoso, apenas vestido por un taparrabos de cuero. Por lo visto, los aventureros de este tipo tenían la necesidad de vestir así, para exhibir su musculatura bronceada a todo el mundo, tanto si querían verlo como si no. La piel endurecida por la vida dura mostraba unas cuantas cicatrices que acrecentaban su atractivo.

—...todos los días en peleas. Me he encontrado a Fuman-txús, el brujo que derroté hace tiempo, ¡y le he vuelto a dar una paliza! Es más, ¡puedo correrle a espadaos todo lo que quiera porque ya estamos muertos! ¡Me encanta ese sitio!

Su guía, en cambio, estaba callada. «Menuda turra

me está dando», pensaba. Avanzaba en silencio y hacía caso omiso de la verborrea constante del alma que había traído al mundo de los mortales. «Los bárbaros solían ser tipos lacónicos y secos. A este, la muerte le afectó».

Estaban en una villa. La gente pasaba alrededor de ellos, incluso a través, sin percibir su presencia. Frente a ellos había una casa de adobe.

—Oye, a todo esto ¿qué hacemos aquí? —preguntó el guerrero, interrumpiendo su monólogo.

Enlutada dio una calada al cigarro y lo sujetó entre los dedos antes de hablar.

—Te lo he dicho antes —respondió la Enlutada, soltando el humo del cigarro y sin molestarse en ocultar su descontento—, pero no me has hecho caso. Estabas a lo tuyo, hablando de ti, de ti y luego de ti, de tus hazañas en vida, tus peleas después de la muerte y toda esa sarta de cosas que me importan un pimiento.

—Pero...

—Cállate y déjame hablar a mí ahora; los dioses han decidido devolverte a la vida. Por algún motivo que no entiendo, les has caído en gracia y quieren seguir viendo tus aventuras de bárbaro; montar broncas, salvar gente y matar más villanos. En esa cabaña están velando tu cuerpo antes de incinerarlo. Entra en él y disfruta de tu vida. Buenos días y adiós. Ya nos volveremos a ver.

—¡Ni hablar! —exclamó el guerrero.

—¿Qué?

—No quiero volver a vivir. Quiero regresar al lu-

gar donde estaba, a mis peleas sin fin. ¡Llévame allí de inmediato! —ordenó con ese orgullo característico de los héroes. Por algún motivo, consideraban que ir por ahí derrotando gente mala les daba el derecho a exigir lo que les daba la gana.

—Pero, ¿estás tonto? Los dioses te han dado una gracia única: volver a vivir. ¿Sabes cuántas almas me dan la tabarra para no llevármelas? A ti te han dado el privilegio de volver, así que cierra el pico, entra en tu cuerpo y no me fastidies más.

—Yo no quiero volver a la vida. ¿Has visto esa chabola? He pasado toda mi vida en tugurios como ese, sin poder dormir como una persona normal, en lugares incómodos, alerta por si alguien me asesina o me ponen veneno en la comida. ¿Crees que las heridas de combate no duelen? Mira esta cicatriz en el riñón; me tuvo amargado meses. ¡Meses! Ni loco vuelvo. En ese otro sitio, puedo pasar el día peleándome sin miedo al dolor, a las puñaladas por la espalda, las enfermedades venéreas, ni nada. Morir es lo mejor que me ha pasado nunca.

La Muerte suspiró —como gesto expresivo, no porque lo necesitara, porque ni respiraba, ni hacía pis ni nada—, hizo que la brasa del pitillo cobrara intensidad durante unos segundos, lo agarró por el collar y lo acercó a su cara.

—Te lo voy a decir una sola vez, cenutrio; entra en tu cuerpo. No me obligues a resucitarte por las malas.

El bárbaro sacudió con la mano el humo del tabaco. Enlutada lo soltó otra vez y Conantonio dio un

salto atrás desenfundando la espada.

—No pienso obedecerte, vil Muerte. ¡Llévame de vuelta al mundo de los muertos o te obligaré! —exigió blandiendo su arma de forma amenazadora—. Soy Conantonio el bárbaro, el destructor. Ambas cosas; el bárbaro destructor. He acabado con bestias de otros mundos, con magos poderosos, con hordas de *goblins*, he domado el censurable *unipornio*. ¡Te mataré! ¡Mataré a la Muerte y seré el héroe más grande de todos los tiempos!

Conantonio dio unos expertos mandobles a la Muerte. Estos se perdían en la nada al atravesarla como al aire sin producir ningún efecto. La Muerte se limitó a mirarlo con cara de fastidio.

—Deja de comportarte como un niño y entra en tu cuerpo o te meteré en él por donde no te dio el sol.

—¡Jamás! ¡Eh! ¿Qué es esa cosa voladora? —dijo, señalando a un punto en el aire.

—¿Qué cosa...? Oh... mierda.

En efecto, en cuanto había vuelto la cabeza, el guerrero corrió para internarse en el bosque.

La Muerte se arremangó el sudario y corrió a perseguirlo, pero en la foresta, le había perdido la pista por completo.

Tenía la capacidad de localizar almas y saber cuándo estaban a punto de ser liberadas, pero, en lo concerniente a las retornadas al mundo de los vivos, era otro asunto. El bárbaro era un fantasma y se escapaba de su jurisdicción. Por algún motivo que solo los dioses entendían, las muertes eran incapaces de de-

tectar a las almas errantes.

Arrojó la colilla al suelo con furia y la pisó.

—Maldita sea. Menudo problema me ha buscado el idiota este. Me he dejado engañar como a una novata.

Al segundo siguiente, tenía otro cigarrillo en la mano.

El mayor problema era que, si notificaba la pérdida del alma para pedir apoyo, sobre todo la de ese héroe, iba a perjudicar seriamente su posible promoción. Consideró volver a sus cosas y dejarlo estar, vagando eternamente, pero antes o después alguien lo notaría. Además, ahora que lo pensaba, los dioses querían a Conantonio el bárbaro correteando para alguna aventura pronto, así que «esconder el alma huida debajo de la alfombra» no era una opción.

Se encaminó al bosque, a buscarlo por el sistema tradicional de encontrarlo, pero siendo que ahora era un fantasma, podía estar escondido dentro de cualquier cosa, como un árbol o una piedra. No obstante, no había labrado una carrera de muerte sin aprender unos trucos.

—¡Bárbaro! ¡Te reto a un duelo! —gritó—. Si ganas, te dejo libre y podrás decir a todo el mundo que derrotaste a la Muerte. Serás el héroe más grande de todos los tiempos. Pero es imposible. ¡Nadie puede derrotarme en un duelo! Si no aceptas, todo el mundo sabrá que eres un cobarde.

Casi de inmediato, el bárbaro saltó de entre unas matas.

—¿Cobarde yo? ¡Te derrotaré en combate singular!

Soy el más grande héroe de todos los tiempos.

—Pero si te gano, vuelves al cuerpo.

—Y me suicidaré para volver a morir —dijo el bárbaro—. Pase lo que pase, yo gano. ¡Soy más listo que la Muerte! Ya te he derrotado antes de empezar —añadió entre carcajadas.

Con un gesto, la Muerte hizo aparecer una espada en su mano y le dijo:

—Ya veremos quién gana. Antes, hay algo importante a saber sobre esta espada: tiene unas inscripciones que le dan el poder de destruir las almas.

—¿Qué inscripción es esa?

—Esta que hay aquí, en el filo.

—Desde aquí solo veo unos garabatos. Podría ser la firma del herrero.

—¿No me crees o qué?

—No. Deja que lo lea.

—Eres más pesado que una vaca en brazos. Está bien, no empecemos el duelo aún.

Enlutada se acercó a él.

—¡Eh! Prométeme que no intentarás nada raro.

—Te lo prometo.

Esta vez Conantonio le dejó acercarse. La Muerte le dejó la espada. El bárbaro entornó los ojos para concentrarse porque lo de leer no era su fuerte.

—«Tonto... qui...en... lo...»

No pudo terminar. Aprovechando la distracción, la Muerte le pinzó en la base del cuello con tres dedos, un movimiento que había usado tantas veces que le salía casi sin pensar. Conantonio cayó desmayado. Lo cogió del pie y lo arrastró hasta la choza.

—«Me suicidaré para volver a morir. Pase lo que pase, yo gano». Zoquete —dijo.

Por desgracia, el alma debía entrar voluntariamente en el cuerpo, por lo que lo de «meterlo por donde no le ha dado el sol» solo era una amenaza vacía.

Una pequeña fisura violeta se formó en el aire, a unos pocos metros. Poco a poco se amplió hasta formar una hendidura en el espacio.

—Mierda, ahora sí que me la he cargado —murmuró Enlutada. Buscó desesperada por las proximidades algo donde esconder el alma inconsciente de Conantonio. Por fin lo metió a presión en la pared de la casa.

Casi en ese momento apareció Chacal, una muerte de rango superior, asexuada, pero de complexión humana, alta, de color oscuro, con cabeza de canino genérico. La mirada y el porte transmitían ese aire de persona con la que no puedes poner a prueba la paciencia.

Con un último esfuerzo, Enlutada terminó de esconder el alma entre el adobe y se giró a recibir al recién llegado.

—Hola, jefe. ¿Qué se le ofrece por aquí? ¿Ha venido a ver el mundo? ¿Un *piti*? —ofreció con una amabilidad forzada.

—Un vicio horrible —dijo en seco.

—Ya, pero bueno, puedo dejarlo cuando quiera.

—Buenas, Enlutada. Venía a comprobar cómo va el asunto de Conantonio. No hemos recibido notificación de que hayas terminado la devolución ni lo hemos visto vivo aún. ¿Todo bien? —dijo mirándola

fijamente.

—Sí, claro. Todo perfecto. Como la seda —recalcó con un gesto de la mano deslizándose en el ambiente.

—¿Lo has devuelto a su cuerpo ya?

—Claro. Ya está vivo y coleando. Sobre todo, coleando —dijo con un guiño—, ya sabes cómo son los guerreros, siempre entre faldas.

La expresión seria del jefe no cambió ni un ápice, inmune a la charlatanería de Enlutada.

—¿Puedo verlo?

—Eh... no hay mucho que ver. Todavía sigue inconsciente.

—Eso lo decidiré yo —dijo traspasando la puerta de la choza.

Dentro, el cadáver de Conantonio estaba sobre una mesa, rodeado de velas y varillas humeantes de incienso que llenaban el cuarto con su olor. Unas cuantas mujeres lloraban por su pérdida y un grupo de aventureros mixto estaba en un lado con gesto serio, bebiendo cerveza en cuernos en nombre de su compañero caído. Nadie podía percibir a las dos muertes que acababan de entrar.

Chacal olisqueó el cuerpo.

—Está muerto.

—No, solo está descansando. Volver a este plano, entrar en el cuerpo... Además, estuvo corriendo y dando vueltas un rato cuando llegó. Para hacer la experiencia menos traumática, ¿sabes? Incorporación Progresiva, lo llamo. Vienen, recuerdan cómo es el mundo de los vivos y entonces ya entran. Los deja

agotados. En breve estará otra vez bebiendo cerveza con sus amigos.

Chacal se giró hacia ella con una mirada severa.

—Enlutada, te lo preguntaré una vez; ¿ha entrado el alma en el cuerpo o no?

Ella lo miró unos segundos. Aspiró el cigarro lentamente en silencio. Conocía a Chacal y sus preguntas no esperaban una respuesta; eran una oportunidad de cambiar su comportamiento. Enlutada lo sabía, pero tampoco podía evitar ser como era.

—Sí, claro. Dale un tiempo. A algunos les lleva más tiempo que a otros. Está cansado, eso es todo. Si hay algo que se nos dé bien es esperar, ¿no? Pues esperemos un poco.

Chacal golpeó con el dedo al guerrero. Este no reaccionó.

—Está muerto. Sigue muerto, quiero decir.

—Verás...

—Este hombre sigue difunto, Enlutada. No podría ponerse en pie y beber una cerveza, aunque le descargaran un rayo. Sigue en una mejor vida. Ya no existe. Ha estirado la pata. Está en algún lugar con su creador. Es un exmortal. Es lo que yo llamo, y toda la administración, un muerto.

—Mira, jefe, lo siento. Ese tipo me ha dado problemas...

—¿Dónde está? No lo habrás dejado inconsciente, ¿verdad?

—¡No! Por supuesto que no. Sé dónde está el límite.

—Pues, ¿dónde está?

—Está dando una vuelta. Quería ver su barrio cuando era un niño y ahora vuelve. Jefe, en serio, lo tengo controlado. No se preocupe por nada.

Chacal consultó el papiro en su mano.

—Mira, Conantonio tiene prevista una aventura para el viernes. Hoy es... —consultó un reloj con sol en miniatura incorporado—, martes. Más te vale que esté listo para entonces.

—No se preocupe. Los dioses tendrán a su guerro matando cosas el viernes.

Chacal se inclinó hasta ponerse a la altura de la muerte.

—Escúchame atentamente porque solo lo diré una vez: te voy a dar el beneficio de la duda, no porque te crea, sino porque, de alguna manera, acabas por solucionar todos los problemas que creas. Casi siempre. Espero que esta sea una de esas veces. Como este cuerpo no esté dando vueltas en breve, te degrado a Recogida de Civiles de Tercera. ¿Claro?

Enlutada prefirió apretar con fuerza el cigarro entre los labios en lugar de hablar.

Asintió en silencio.

—Esperaré tu informe.

Apenas terminó la frase, desapareció en otro hueco en el aire.

—Civiles de Tercera... No pienso volver a ese agujero. Antes me voy a Insectos —dijo para sí misma.

Introdujo las manos en la pared y sacó el alma de Conantonio, aún inconsciente. La dejó en el suelo. Enlutada le dio unos cuantos cachetes para

despertarlo.

—Eh, despierta.

El guerrero recobró la consciencia poco a poco.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Espabila. Tienes que volver a tu cuerpo.

Conantonio se incorporó lentamente. Le dolía la cabeza y se sentía mareado.

—Te he dicho que no voy a volver a la vida; es peligroso.

—No seas infantil. Un guerrero como tú, fuerte y valiente diciendo esas cosas. Además, te gané en el combate.

—¡No! Hiciste trampa; me engañaste.

—Escúchame; dijiste que, si me ganabas y derrotabas a la muerte, serías el héroe más grande de todos los tiempos, ¿recuerdas?

—Sí.

—¿Quién lo sabrá?

Conantonio pensó unos segundos sobre eso.

—No sé. La gente. Alguien lo dirá.

—Piensa —se dio unos golpecitos en la cabeza con la mano que sujetaba el cigarrillo—. No lo diría nadie porque no lo sabría nadie. Si vuelves al otro lado, nadie va a saber que me venciste. Además, allí no hay nuevas aventuras, ni nuevos peligros, ni retos... Todo eso está aquí, en el mundo mortal. Es peligroso, sí, por eso te convierte en un héroe. Esconderte en la muerte no te permitirá crear más leyenda. Es más, te olvidarán. Mira a tus colegas, bebiendo y recordando anécdotas. Es más, ellos seguirán viviendo aventuras, sobreviviendo a heridas mortales, comba-

tiendo monstruos. Ellos crearán nuevas historias, los bardos hablarán de ellos. Mientras que tú serás cosa del pasado. Olvidado. Ido. Humo. ¿Vas a dejar que te coman terreno?

—En eso tienes razón, maldita sea. ¡Eh! ¡Subostían está contando esa anécdota mal! ¡Fui yo quien lo salvé!

—¿Ves? ¿Quieres que te cuente un secreto? —añadió con una sonrisa pícaro. Dio una calada lenta para crear una pausa dramática.

—¡Suéltalo! —respondió el guerrero con gestos para apremiarla.

—El viernes hay prevista una aventura para ti. Con monstruos horribles, grandes y fuertes. Y un grupo de jóvenes virginales a las que salvar. ¿Qué te parece? Pero si estás muerto, la tendrá que hacer alguno de estos.

Las neuronas fantasmales de Conantonio hicieron una reunión urgente. Transmitieron la conclusión de inmediato.

—¡Nunca! ¡Esa misión, y las vírgenes, es mía! ¿Cómo se entra en el cuerpo?

—Por el culo.

—¿No hay otra manera?

—Lo siento. No hice las reglas.

El bárbaro suspiró —otra vez, sin que realmente lo necesitara—, y se puso manos a la obra. Empezó introduciendo una mano, luego el brazo y poco a poco fue entrando. Le resultó más fácil de lo que pensaba.

—Espero que nadie se entere de esto —sonó su

voz desde dentro. El grupo de gente velando miraba el cuerpo sin darse cuenta de que las piernas fantasmales sobresalían por donde-la-espalda-pierde-su-nombre, agitándose con nerviosismo—. ¡Me he atascado! Hay algo aquí haciendo tope. Ojalá no sea lo que creo que es.

—No pienses en espacio. Solo concéntrate en estar en ti. La materia no te puede detener. Ni siquiera la orgánica.

Tras unos segundos, el resto del alma desapareció en el cuerpo.

—¿Estás ya?

—Sí.

Sopló una nube de humo sobre el cuerpo. Carne y alma volvieron a unirse.

El cuerpo se convulsionó de golpe, asustando a todo el mundo en la habitación. Abrió los ojos y respiró hondo —ahora sí, por necesidad. Se incorporó lentamente y miró alrededor.

Enlutada salió de la choza con el deber cumplido. Aspiró el cigarro, ahora de forma lenta y sintiendo cómo el calor la llenaba, saboreándolo. Soltó el humo lentamente.

—En realidad, sí que había otras formas de entrar en el cuerpo, pero, con lo que me has complicado la entrega...



J.C. HIDALGO nació en Valencia (España), pero hacía mucho calor y se fue a UK. Allí se puso a escribir relatos como manera de dar vía libre a todos sus desvaríos y quejas sobre el mundo, la gente y el sistema. Hasta la fecha, ha autopublicado un par de libros de relatos: *Historias para leer en el W.C.* y *La cofradía de los delincuentes pequeños*, ambos en Amazon. También ha publicado relatos en varias revistas y actualmente publica un fanzine hecho en casa con relatos cortitos.

ausencia*

1. El verdadero final, fase en la que se toma conciencia de las consecuencias del mismo.
2. Liberación, ruptura de hábitos tóxicos o dinámicas negativas.

La ausencia no es el instante exacto en que algo termina, sino el momento en que un final se materializa. En el momento de una desaparición, no de tas cuenta de que se ha producido hasta pasado un tiempo y la ausencia se hace patente. Tras la fase del vacío, invisible, llega la fase de tomar conciencia de que ese final ha llegado.

La luz necesita espacio para viajar; la ausencia, tiempo. Del mismo modo en que vemos estrellas ya apagadas a través de una luz que emitieron cuando aún brillaban, también percibimos los finales cuando ya pertenecen al pasado. Incluso la ausencia de algo próximo, tan cerca como al otro lado del sofá, puede tardar días o semanas en manifestarse.

Por eso la ausencia no siempre es negativa, también es liberación. Es paz tras romper cadenas, hábitos tóxicos o dinámicas negativas. Los efectos de la liberación tampoco son inmediatos: el cuerpo tarda en asimilar que ya no tiene que sostener el peso de lo que terminó.

* Definición de FRAN PÁEZ

SCARBO

Cristina Ortas

—Ya puedes cortar.

El fuerte olor a incienso y el halo de cientos de velas titilantes desdibujaban los límites entre realidad y delirio. El tacto de las correas de cuero sobre los brazos, áspero y cada vez más opresivo, descartaba que se tratara de una alucinación. Dos manos estiraron la tela del jersey desde mi hombro hasta la boca. Por instinto, la sujeté con la mandíbula. No apreté los dientes hasta notar la frialdad del acero junto a mi muñeca derecha.

El mayor miedo de un artista no es admitir que sus escasos momentos de talento disimulan mediocridad e intrascendencia. Lo más aterrador es que sean otros quienes lo sepan, con la misma naturalidad y certeza con la que se sabe que el amanecer romperá la oscuridad al final de la noche. Yo lo había experimentado unos días atrás.

Una invitación al despacho del director del conservatorio para reflexionar sobre proyectos de futuro no tenía nada de excepcional. Cartas de recomendación

a mentores de renombre en Europa, programadores de salas de conciertos o contactos en grupos de música de cámara solían ser las opciones del menú para los alumnos de último curso, siempre adaptadas al repertorio, habilidad y ambición de cada uno.

Sentada en el sillón rococó tapizado de terciopelo granate, tomé una de las tazas de porcelana blanca. Estaba adornada por un pavo real azul, cuya cola se desplegaba a lo largo de la superficie exterior. Herr Dietrich, algo encorvado, deshizo uno, dos y tres terrones de azúcar en su té. Giraba la cuchara de izquierda a derecha, los dedos arrugados todavía largos y elegantes, de forma contraria a las agujas del reloj. Golpeó la cuchara sobre el filo de la taza. Dos gotas amarillentas se deslizaron por la pared del recipiente.

—Voy a hablarte con sinceridad, porque te respeto. No tienes ni el perfil adecuado, ni el apellido adecuado, ni la edad adecuada para desarrollar una carrera como intérprete —explicó Herr Dietrich—. Tus ejecuciones son correctas, aunque olvidables. Pero no pasa nada. No hay nada más noble que enseñar piano a los niños.

Las paredes comprimieron la superficie del despacho, igual que mi garganta. Me temblaron las rodillas, entre estupor, incredulidad y rabia.

—Mi recomendación es que disfrutes de los días que faltan. —Sonrió, tomando mi silencio por asentimiento—. Prepara la sonata para el concierto de fin de curso e invita a toda tu familia al auditorio filarmónico. Que este sea tu mejor recital. —Tomó un sorbo—. Y quién sabe si uno de tus alumnos lle-

gará a ser un gran concertista.

—Estoy a tiempo de cambiar el repertorio, si ese es el problema. Le dedicaré todas las horas necesarias —le interrumpí, con una vehemencia que no pude contener—. Repetiré curso, si hace falta. Haré lo que sea.

—Querida, el esfuerzo no lo es todo. —Dejó la taza sobre la mesa y me miró a los ojos, la boca en tensión—. Para poder hacerte una carta de recomendación tendrías que preparar piezas de más virtuosismo. Las *Variaciones Goldberg*. La sonata *Hammerklavier*. O incluso mejor, la suite *Gaspard de la nuit*: ningún alumno la ha preparado en años. Pero, si no has mostrado este potencial en los últimos años, es que sencillamente no existe. —Tomó su agenda y pasó de página con el dedo índice—. Por favor, piensa en lo que hemos hablado. Cierra la puerta al salir.

Dejé la bebida intacta sobre la mesa y abandoné la estancia en silencio.

Me encerré en la habitación del piano durante días. La partitura amarillenta de *Gaspard de la nuit* que había tomado prestada del fondo archivístico desprendía cierto olor a polvo. Encorvada sobre la banqueta, me sumergí en pentagramas densos y frases complejas, con descansos solo para comer, dormir y llorar.

Aprender a tocar el primer movimiento, *Ondina*, de forma que fuera inteligible, me llevó tres días. En la obra original, las notas salpicaban el silencio en forma de gotas de agua, pinceladas impresionistas de un nenúfar de Monet. En mis manos, la melodía, pese a ser técnicamente correcta, resultaba ortopédica y sobrelastrada, un vómito de sonidos a medio gas.

El segundo movimiento, *El patíbulo*, fue un purgatorio. Los acordes, contruidos sobre el tañido constante de una campana fúnebre, eran imposibles de leer. E igualmente de ejecutar, o al menos para mis manos, que solo se extendían hasta cubrir una novena. Durante el atardecer del cuarto día, me sentí como el cadáver del poema en el que se inspiró Ravel: un hombre en la horca en el desierto, pudriéndose bajo el sol.

Abrí las páginas del tercer movimiento, *Scarbo*, poco antes de medianoche. Era demasiado tarde para tocar, pero no para revisar los primeros compases y añadir algunas anotaciones antes del día siguiente. A medida que profundizaba en la pieza, entendí que estaba ante una telaraña de caos sónico. Me enfrentaba a una maraña de notas percutidas, empastadas unas con otras, adornadas por hebras de arpeggios, que convergían en un ritmo inviable de ejecutar.

Cuando entendí que aprender la pieza en los dos días que me quedaban iba a ser imposible, sentí furia y agotamiento. Movida por la adrenalina y la frustración, di un manotazo a la partitura y la tiré al suelo. Ante mi sorpresa, la caída había revelado una pequeña hoja pentagramada, de borde irregular, que sobre-

salía del interior de las páginas. La recogí para poder leer mejor las anotaciones en rojo.

Una clave de sol y una de fa estándares en la notación para piano precedían ocho compases de arpeggios en sol sostenido menor, acompañados por tres símbolos geométricos que no pude descifrar. El trazo grueso de un lápiz rojo había subrayado la melodía múltiples veces de forma irregular, en un garabato infantil. Tres signos de exclamación cerraban todas las anotaciones en el margen derecho. Lo deposité en el atril del piano, acerqué la banqueta y me senté.

Empecé a tocar, casi sin darme cuenta. Primero la mano derecha, y luego la izquierda. Las uní y apreté la sordina para amortiguar la reverberación del sonido. Era una variación sobre el tema principal de *Ondina*, con algunas alteraciones cromáticas. Repetí las notas una y otra y otra vez, en bucle, fuera de mí. La prudencia ante el descanso de los vecinos se esfumó ante la necesidad de reivindicar existencia, ambición y dolor. Los dedos, martillos hidráulicos sobre las teclas, hacían temblar las paredes y el suelo.

Toqué ese fragmento tantas veces, que perdí la noción del tiempo. La melodía pasó a un segundo término. Las notas convergieron en una amalgama, un acúfeno desagradable. La bombilla del techo tiritó hasta fundirse y sentí que se me desenfocaba la retina. Dos realidades distintas se superpusieron hasta crear una réplica anómala de la habitación. La estancia era la misma, con el piano, mis partituras, mis muebles, pero distorsionada por una pátina de humo

y oscuridad.

La ignición de cientos de velas blancas a distintas alturas, desperdigadas por el suelo, los muebles e incluso el piano, desveló que no estaba sola.

—Bienvenida —susurró una voz femenina, envejecida, distorsionada por un velo negro que le cubría el rostro—. Hace años que te esperaba.

Sus manos arrugadas y con manchas, los dedos cubiertos por cilindros de filigranas plateadas, me ofrecieron una taza de porcelana. Las alas abiertas de una paloma negra cubrían su superficie casi por completo. En su interior burbujeaba un líquido rojo, como en ebullición, pero no desprendía calor alguno.

—Pide y tendrás.

Desorientada, no supe qué contestar. Me fijé en las paredes, cubiertas por tapices en los que podían verse los símbolos geométricos de la partitura, tejidos en sangre.

La anciana apoyó las manos sobre mis hombros. Debajo de la tela se adivinaban dos iris rojos, que parecían atravesar tejido y materia, propagándose por el tiempo y el espacio en una vigilia febril, únicamente interrumpida por su voz.

—¿Qué es el arte, sino la búsqueda de la inmortalidad? La sublimación de la insignificancia del individuo, el antídoto contra la invisibilidad. La necesidad de ser parte de algo superior que debe ser visto, escuchado y sentido. Es tuyo —explicó— si lo quieres.

Me cubrió la boca con la mano, sin darme opción a emitir un sonido.

—El equilibrio debe mantenerse. Nunca una

ofrenda, sino un trueque —dijo la anciana.

Se giró hacia el piano y señaló el pequeño altar dispuesto en la tapa, sobre una tela dorada. En una bandeja de plata antigua sucia descansaban dos manos grandes, de hombre, cercenadas por la muñeca y en posición vertical. Los dedos, en alto y con aspecto cadavérico, no paraban de moverse de forma rítmica, como si tocaran arpeggios y escalas a toda velocidad. A su lado, una sierra de mano, una madeja de hilo negro, grueso, de sutura, enhebrado en una aguja, y un quemador de incienso.

—Las tuyas, por estas.

Chasquéo los dedos, y pude escuchar la interpretación más bella de *Gaspard de la nuit* que jamás se hubiera producido. Las notas reverberaban en el silencio, perfectamente nítidas, como prismas tornando la luz solar en arcoíris. Los adornos, brillantes, delicados. Los motivos fluían, pura explosión y melancolía, de un movimiento a otro. Tardé en darme cuenta de que el sonido se correspondía con el movimiento de cada uno de los dedos. Una lágrima rodó por mi mejilla. Me giré a la anciana, en busca de respuestas.

—Podrás hacer lo que quieras, menos alcanzar la vejez. Tu destino irá unido a ellas, y es imposible saber cuándo se marchitarán —sentenció, la mano apoyada sobre la espalda, y me dirigió a una silla preparada para inmovilizar a una persona, con correas de cuero para brazos y piernas. —Si aceptas, bebe.

Me senté y cerré los ojos. Seguí disfrutando de la

música mientras la anciana me amarraba las piernas. Con la nota final de Scarbo, estaba decidida. Llevé la taza a la boca y consumí el líquido de un trago.

—Ya puedes cortar.

Me desperté a la mañana siguiente, con la cara apoyada sobre la partitura, el moño deshecho y cierta sensación de resaca. Una vez en pie, me invadieron recuerdos desdibujados de la última noche y me subió una arcada. Caminé hacia la ventana y corrí la cortina. Los rayos de sol me iluminaron los brazos, la piel suave y sin marcas. Moví dedos, manos y muñecas examinando cada articulación, cada pliegue, cada huella dactilar, en busca de un indicio. No encontré ninguno. Solté una exhalación: había sido una pesadilla.

Volví a sentarme en el piano y apoyé las manos sobre el teclado. Un instante después, los dedos se tensaron, como en un espasmo. Acaricié las teclas y empecé a tocar, pura memoria muscular. Pronto me di cuenta, no obstante, de que no se trataba de la mía. La melodía fluía entre mis dedos, como un riachuelo en primavera cuando empieza el deshielo. Cada nota, individualmente brillante y a la vez parte inequívoca de un todo, dibujaba un paisaje nocturno, iluminado

por estrellas centelleantes. Y todo ello, guiado por las manos que estaban ancladas a mis antebrazos. Que tal vez no fueran mías, que indudablemente no lo eran, pues yo nunca había sonado así. Pero en la estancia no había nadie más.

Pasé el resto del día frente al piano, extasiada. Aunque notaba el tacto de cada yema al percutir las teclas, el sistema nervioso aparentemente intacto, la experiencia se sentía incompleta; mi rol, secundario. Interpreté todas las obras que tenía en casa, todas las que alguna vez había aprendido. Ante mi sorpresa, también todas las que había pensado que jamás podría tocar. Las manos ejecutaron cada una de ellas con una técnica impecable.

Horas después, la musculatura agotada, respiré hondo y me examiné los dedos. Bajo una aparente normalidad, las uñas tenían un ligero tono violáceo, la piel menos tirante. Intenté enterrar cualquier sensación de alerta, que achaqué al agotamiento. Seguí tocando, sin necesidad de comida o descanso, hipnotizada por la belleza de cada sonido que brotaba de mí.

Dediqué el final del día a preparar la obra para el concierto. Repasé cada uno de los movimientos de Ravel, cada pasaje, cada modulación y cada adorno, hasta interiorizar sus matices. Cuando me levanté de la banqueta para iluminar la habitación en penumbra, ya no fue posible negar la evidencia. Los surcos que cruzaban mis palmas eran nítidos y parecían haberse multiplicado. La tonalidad violeta había descendido de las uñas a los dedos; el tejido, arrugado.

Sentí un pequeño hormigueo y se me escapó un gemido. Inspiré y espiré de forma rítmica. No tenía por qué avanzar tan rápido, me dije. Tal vez solo era un aviso, cosa de las primeras horas, pensé. Cerré los ojos hasta conseguir serenarme. Pero no me alivió una falsa tranquilidad, sino la certeza de que, pasara lo que pasara, habría valido la pena.

Cuando llegó mi turno, aparté con cuidado una de las cortinas de terciopelo negro con una mano, oculta por un guante, y avancé hacia el piano de cola en el escenario. Apoyándome sobre la estructura de madera, junto al teclado, hice una pequeña reverencia. Me senté en la banqueta y ajusté su altura con las ruedas laterales. Me tomé mi tiempo antes de empezar. Miré al público. Herr Dietrich ocupaba un asiento en primera fila, acompañado de todo el profesorado. Detrás, expectantes, alumnos de otros años. A los lados, familiares y amigos. No busqué ninguna otra cara conocida.

Me quité los guantes, que cubrían unas manos cadavéricas, y los dejé sobre el piano. Empecé a tocar el primer movimiento de *Gaspard de la Nuit*, ante el estupor del profesorado. Esa no era la sonata de Mozart que aparecía en el programa. Y yo tampoco

era su alumna, o no lo parecía. Rompí el silencio de la sala con las gotas de rocío iluminadas por el sol en *Ondina*, mis manos emulando libélulas juguetonas sobre la mano de la ninfa, que se desplazaban arriba y abajo del teclado en un crescendo dramático, hasta salir volando cielo arriba. Se escuchó un sollozo entre el público.

Atravesé el desierto sonoro de *El patíbulo*, las manos cada vez más huesudas. El repique continuo de las campanas tañendo por el ahorcado envolvió al público en un canto fúnebre. El aleteo de moscas y escarabajos acercándose al cadáver, una postal desesperanzadora. Al acabar, observé cómo Herr Dietrich negaba con la cabeza, incrédulo, y susurraba para sí.

Las notas repetitivas de *Scarbo* dieron paso a una escena misteriosa, en la que sonidos empastados, tenues, se alternaban con explosiones sonoras cromáticas y compases minimalistas. Una realidad febril de criaturas y maldiciones, el duende que acecha cada noche sobre la cama. A medida que progresaba la pieza, las manos se tornaban tejido negro, hasta consumir toda la carne. Pero no me detuve. Tampoco cuando los dedos ya eran solo esqueletos de piel necrótica.

Solo quedaban unos segundos para acabar. Pero, antes de que sonara la última nota, mi cuerpo se desplomó sobre el suelo.

En ese mismo momento, en otra estancia de pesadilla, mis manos cercenadas volvieron a la vida y flexioné los dedos, en alto, para dar final a la obra. La anciana, extasiada, se puso en pie y aplaudió con entusiasmo. Estiré los dedos, en una pausa, antes de seguir tocando: ahora iba a tener todo el tiempo del mundo.



CRISTINA ORTAS (Barcelona) es una licenciada en periodismo y diplomada en dirección de cine que trabaja en comunicación y relaciones públicas desde hace más de una década. Entre sus mayores hazañas se incluyen un corto premiado en el que destruyó el universo, haber residido durante un año en la Residencia de Estudiantes de Madrid y que los dos gatos más increíbles hayan escogido ser sus compañeros de piso.

NIGROMANCIA BOTÁNICA

APLICADA

Andrea Valeiras Fernández

Cuando su abuela le recomendó apuntarse a aquel cursillo, Chrysa solamente aceptó porque pensaba que estaba haciéndole un favor a una vieja amiga de la familia. La señora Kleonike había pasado la edad de jubilación hacía mucho tiempo, pero la vida no siempre se adapta a las circunstancias personales de cada cual, de la misma forma que la pensión tampoco se ajusta a las necesidades que conlleva la vejez. Ese era el motivo por el que seguía dando clases; al menos, eso imaginaba Chrysa. En cualquier caso, la distracción no le iría mal; había sido un año difícil en la universidad, y no precisamente por temas académicos. Para colmo, el verano en el pueblo no había resultado ser el remanso de paz y desconexión que ella esperaba. La maldad no se toma vacaciones ni se limita a las grandes ciudades. La chica sabía que ningún curso de jardinería enterraría su furia ni su miedo, pero si con esas clases podía ayudar a alguien, valía la pena intentarlo. Y sería una buena manera de

hacer tiempo hasta el final del verano.

Sin embargo, el primer día de aquella clase de nombre rimbombante, Chrysa se llevó tres sorpresas: la primera, que era la única alumna; la segunda, que la señora Kleonike no se mostró sorprendida ni decepcionada con eso, sino que parecía que aquella atención personalizada había sido el plan desde el principio; y la tercera sorpresa fue que, lejos de explicarle técnicas para revivir plantas muertas (lo que le sugería el título del curso), la anciana se puso a hablarle de mitología griega.

—Laurel: lo conocemos sobre todo por sus usos en la cocina —agitó la hoja que sostenía, llenando el aire de su aroma—. Pero su leyenda es más abyecta; la ninfa Dafne se convirtió, sin quererlo, en el objeto de deseo de Apolo. Y es muy difícil escapar de un dios. Aunque la cosa cambia si tu padre también tiene esa categoría. Sin embargo, en vez de castigar a su aspirante a yerno, Ladón transformó a su hija en esta planta.

—Ah —Chrysa no sabía ni qué decir. O sí, pero no era nada que considerase aceptable enunciar delante de una anciana a la que apenas conocía. Estaba demasiado familiarizada con situaciones como la de Dafne. Por desgracia, la mayor parte de la gente no tiene un padre con poderes divinos para salvarla... Pero la chica no sabía si una metamorfosis no solicitada podía considerarse como salvación.

—Y no es la única que acabó sobre la tierra, que siempre es mejor que bajo ella, por otra parte —continuó Kleonike con una carcajada áspera, seña-

lando un tiesto lleno de lilas—. Otra ninfa, Syringe, fue transformada en esta flor por sus hermanas, para ayudarla a escapar del sátiro Pan.

—Un momento, esa historia me suena. Pero pensaba que se había convertido en un haz de cañas, con las que Pan se hizo su flauta para estar siempre cerca de ella.

—Un final muy romántico para el fauno, pero no. Estas son las cosas que pasan cuando los hombres cuentan los mitos sin preguntar a sus protagonistas. O, al menos, no a todos —sacudió la cabeza con disgusto y se dirigió a una maceta de margaritas—. Tiene gracia que esta flor se asocie al juego de «me quiere/no me quiere», un oráculo como otro cualquiera, cuando vuelve a ser un caso de hombre que no aceptaba una negativa.

—¿Otra pobre muchacha transformada en planta para zafarse de...?

—De las atenciones no solicitadas de un señor, exactamente —la anciana asintió con ojos brillantes—. Te presento a Belides, que eligió esta forma para librarse de Vertunus, dios romano de las estaciones.

—Lo que no entiendo es... —Chrysa intentó encontrar una manera de expresar su desconcierto sin ser descortés—. ¿Qué tiene esto que ver con el curso que me recomendó mi abuela?

—Todo. Tu abuela me contó lo que te había pasado. A ti y a otras muchas. Así ha sido siempre, pero eso no significa que las cosas no puedan cambiar —puso la hoja de laurel junto a una lila y una margarita—. Ellas están aquí para ayudarte.

—¿Quiénes son «ellas»? ¿Y en qué van a ayudarme?

—Algunos dicen que Alecto, Megera y Tisífone son las únicas furias, pero se equivocan. Muchas lo han sido, muchas lo son, y muchas lo serán. El fuego purificador está en el alma de todas ellas —la anciana puso una mano temblorosa sobre el hombro de Chrysa—. También en la tuya. En este caso, creo que Dafne, Syringe y Belides son las furiosas que necesitas en tu equipo.

—¿Qué significa eso?

—Lo descubrirás con tu proyecto de fin de curso.

Arno dio una última calada al cigarro y observó el humo disiparse en la noche justo antes de tirarlo. No quería esperar más. Volvería al bar y haría las cosas como las había hecho siempre. Adela no había querido reunirse con él fuera. La excusa de «hay mucho ruido aquí, vamos a un sitio más tranquilo» no había funcionado. Tendría que ser por las malas. La invitaría a un cóctel. Y a algo más. El chico sacó del bolsillo el blíster individual con una pastilla verde en forma de hoja. La chavala que se la había vendido le había dado a elegir entre tres, asegurando que todas funcionaban igual, y él había optado por aquella porque se disimularía mejor en el mojito al que iba a invitar a su presa. Quizá la *dealer* debería probar su propia medicina. Era mona, aunque rara. En todo el verano, no la había visto hablar con nadie del pueblo

hasta dos semanas antes, cuando empezó a vender «mercancía». Probablemente quería mantener un perfil bajo. Y lo había logrado, porque ni siquiera se había quedado con su nombre. ¿Cristina? ¿Lisa? En el fondo daba igual. Aquella madrugada, el único nombre importante era el suyo. Esperaba escucharlo de los labios de Adela una y otra vez. Al fin y al cabo, era la última noche de verano: se le acababa el tiempo y tenía una cuota que cumplir. Siempre ganaba los *rankings* de conquistas vacacionales y, cuando volviese a la universidad, tendría muchas historias que contar a sus compañeros. Algunas no necesitaría ni endulzarlas. Para endulzar ya estaba la fórmula mágica que acababa de adquirir.

De vuelta en el bar, Arno siguió su estrategia a la perfección: localizó a su elegida de la noche, la invitó a un mojito y, a su señal, uno de sus amigos ejecutó la habitual maniobra de distracción que ponían en marcha cuando alguno de ellos necesitaba añadir un «ingrediente» a la bebida de una piba.

Sin embargo, cuando el chico sacó la pastilla del blíster, sintió un calor abrasador. Empezó a marearse y ante sus ojos apareció una figura espectral que, en sus últimos segundos de cordura, le pareció bastante atractiva, como las muchachitas de los cuadros que estudiaba su hermano Pol en Historia del Arte. La aparecida se acercó a él, acorralándolo sin que nadie más se diera cuenta de su presencia. Una voz gélida le susurró al oído unas palabras que su cerebro no terminó de procesar: aquel corazón indolente había dejado de latir.

La señora Kleonike observó con curiosidad aquel nuevo ejemplar que había aparecido en su jardín. Aquella planta espinosa se alzaba orgullosa, cubierta de rocío. Sería mejor alejarla de las flores y ponerla junto a las otras de su calaña, donde sirviera de alimento a los pulgones y contribuyese al ecosistema. Allí sería algo más útil que un mal ejemplo.

Durante los siguientes días, la anciana leyó con atención las noticias del suceso y procuró no perderse ningún cotilleo vecinal. Por una vez, todas las fuentes coincidían: infarto fulminante. Bien. Chrysa estaba fuera de toda sospecha. Fin de ciclo. La profesora esperaba que aquel acto de justicia mediante nigromancia botánica aplicada fuese el primero de muchos. Había demasiadas almas en el limbo esperando su turno de venganza.



ANDREA VALEIRAS FERNÁNDEZ es periodista y doctora en literatura. Ha ganado el Premio Droide de Novelette con *La maldita casa de los Ulloa* y ha publicado relatos en la revista *Pulporama* y antologías como *Hopepunk*, *Visiones 2024* y *Adviento Fantástico*. También tiene un libro de ensayo sobre la presencia de *Alicia en el País de las Maravillas* en la cultura popular.

vacío*

1. Espacio que contiene lo que aún no hemos aprendido a ver.
2. Invitación a llenar con algo.

El vacío no es una anomalía en el espacio sino un error en la mirada. No es la falta de contenido sino la ausencia de nuestra capacidad de reconocerlo, nombrarlo, comprenderlo y compartirlo. Lo que no nos importa lo suficiente como para prestarle atención. O bien, lo que no está dirigido a nosotros. El vacío es arrogancia.

Es difícil saber si lo ignorado quisiera ser percibido o se esconde en las arrugas del espaciotiempo. Si espera o huye.

El vacío implica una elección. Se puede reemplazar por palabras, piel, sangre, basura o esperanza. O se puede llenar de nada, destruyendo la incertidumbre y definiendo así su estado definitivo.

* Definición de ANDRÉS GRANBOSQUE

ME MIRA MIENTRAS MUERO

Jess Pires

Me pido la primera habitación junto a la entrada. Si hay una invasión zombi, quiero ser la primera en morir.

La habitación tiene dos camas. Me pido la que está más cerca de la puerta. Insisto. Mis amigas no lo entienden. Estamos de vacaciones, hemos alquilado este apartamento precioso, hace sol ahí fuera. ¿Qué sentido tiene ahora pensar en zombis? Entiendo su desconcierto. Ninguna de ellas querría ser la primera. Creen que son ese tipo de persona que lucharía hasta el final. Algunas creen, incluso, que sobrevivirían. Que, de alguna manera, serían capaces de resistir y de seguir siendo ellas mismas mientras el resto del mundo se convierte en un cadáver caníbal putrefacto. Pero el Instagram ya nos robó esa posibilidad hace mucho tiempo. Ya hace mucho que no somos nosotras mismas.

Intento hacer valer mi posición, con la premisa de que no hay salvación posible cuando sobreviene una plaga zombi. Quien piense que la hay, está *delulu*. No quiero ver morir a toda la gente a la que aprecio, y luego ver cómo resucitan y se vuelven contra mí.

Tampoco quiero tener que hacerme amiga de francotiradores, obedecer al ejército ni comer de lata. Me parecen argumentos bastante sólidos.

Pero a nadie le apetece tener esta conversación. Nadie quiere pensar ahora en estar en guerra ni en ser devorada. Entonces, ¿para qué discutir? Ya está decidido. La primera en morir, seré yo.

Coloco mis cosas en la primera cama de la primera habitación, deshago la maleta y me pongo el bañador. Vamos a bajar a la piscina. Vamos a pedir un cóctel, y el apocalipsis va a esperar hasta después de las vacaciones. Solo que todo esto no pasó. Todo esto es lo que me gustaría que hubiese pasado. Es en lo que pienso mientras lucho contra los cadáveres de mis amigas. Mientras lucho hasta el final.

Define «luchar» y define «final».

Con lo de «luchar» me refiero a que sigo viva y no estoy infectada. Y sigo consciente. Mi pensamiento sigue siendo complejo, demasiado complejo. Por eso no dejo de fantasear con lo que habría pasado si lo hubiese visto venir. No es útil en esta situación, lo de entrar en bucle, pero mi cerebro funciona así. Esto es un prejuicio hacia las muertas vomitadoras de sangre que hay al otro lado de la puerta del baño, pero estoy casi segura de que su pensamiento no es tan complejo como el mío. De hecho, no creo que piensen en absoluto. Aun así, no me sale natural el

deseo de matarlas. No como en las películas, cuando inmediatamente la gente se pone a reventar cabezas sin contemplaciones, solo porque se supone que no son cabezas pensantes. A mí siempre me ha dado pena arrancar flores, comer carne o atropellar insectos. ¿Por qué iba a resultarme fácil cargarme a mis amigas zombis? Así que mi forma de luchar es esta, permanecer aquí contra toda esperanza. Ser testigo. Resistir.

Lo de «final» es una forma de hablar. Porque siempre que pasa algo así parece que ya está, que ya no puede ir más allá. Aunque yo siga aquí, me parece que todo se ha acabado. Que no hay esperanza. Y no es muy distinto a lo que he sentido el resto de mi vida, la verdad. No tengo ni idea de cuántas personas quedan ahí fuera en situaciones parecidas a la mía. No sé si hay una cura, una solución o una convivencia posible. Es decir, no sé si realmente esto puede terminar, o solo va a transformarse en otra cosa. Pero sí sé lo que ha pasado dentro de mi apartamento vacacional. Sé que cinco entramos vivas y que cuatro ya están muertas. Sé que desearía haber sido la primera, pero soy la última. La final. Aunque hubiese seguido mi plan imaginario de pedirme la habitación junto a la puerta, lo habría sido. Las invasiones zombis nunca suceden como una las planea, y esta no entró por la puerta principal.

Esta empezó con un pájaro muerto.

Lo vi al otro lado de la calzada, nada más aparcar el coche de alquiler. Corrí a mirarlo de cerca, por si todavía podía ayudarle. Mi amiga Lidia le hizo una foto y buscó la especie en Internet. Era un zorzal. Con el pico afilado, las plumas pardas, los ojos vacíos. No había nada que hacer. Si no estaba muerto antes, había cruzado el umbral mientras le hacíamos la foto. Lo habíamos *googleado* mientras moría. Quise cogerlo y apartarlo del aparcamiento, llevarlo a algún lugar más apropiado para pasar la eternidad. Pero Julia gritó y me dijo que no lo tocara, que podía contagiarme lombrices. O gripe aviar. No quería empezar el viaje discutiendo y le hice caso, no lo toqué. Cuando hicimos el *check-in* y volvimos a por el equipaje, un coche le había pasado por encima. El hermoso zorzal se había convertido en un amasijo de vísceras y plumas marrones, aplastado contra el asfalto. A Claudia le dio mucho asco, Laura empezó a llorar, y las demás miramos hacia otro lado. Literalmente. No quisimos mirarlo, ni hablarlo, ni pensarlo más. Hasta que el pájaro volvió.

Estaba poniéndome el bañador cuando escuché un grito que venía de la otra habitación. Era Julia. Todas corrimos hacia allí. La puerta estaba cerrada con pestillo, porque así era ella. Había elegido la suite y la había hecho suya. Al otro lado del pladur, los gritos no cesaban. Se escuchaba una pelea, golpes, objetos cayendo al suelo. Lidia fue a avisar a la recepción, mientras las demás tratábamos de tirar la puerta a patadas. Esto tampoco es tan fácil como en las pelí-

culas. Al cabo de un tiempo que se nos hizo eterno, el pestillo cedió y la puerta se abrió de golpe. Silencio.

En un vistazo rápido, parecía que no había pasado gran cosa. Pero sí. La ventana estaba abierta, la maleta revuelta, había plumas y sangre sobre el edredón. Y Julia... ya no era Julia. Ya no era nadie. Estaba tendida en el suelo, inmóvil. Sin embargo, algo se movía junto a ella. Me acerqué sin apartar la espalda de la pared, estaba cagada. Me asomé por encima de la cama, poniendo el colchón como escudo entre mi cuerpo y lo que fuera que estaba pasando. Entonces vi lo que se retorció allí abajo, en la moqueta. Era el amasijo de zorzal. Con sus pequeñas vísceras aún colgando del vientre, aleteaba de forma torpe e inquietante. Era como uno de esos juguetes de cuerda para gatos. Un puñado de plumas con vida aparente y sin rumbo. Era repetitivo. Daba vueltas sobre sí mismo, se tambaleaba, y volvía sobre su posición. Cada vez que el cuerpo de Julia estaba a su alcance, le picoteaba el cuello. Y lo poco que quedaba de su ojo. Luego, como si nada hubiera pasado, volvía a aletear.

Me gustaría decir que fui valiente y generosa, o incluso fría y calculadora. Ahora mismo, mientras escucho los gemidos voraces que vienen a por mí, podría inventarme cualquier cosa. Podría pensar que fui otro tipo de persona. Pero, en aquel momento, me quedé paralizada. Paralizada y juzgona, porque tuve tiempo de pensar que el pájaro había venido a vengarse de Julia por no dejarme enterrarlo. Tuve tiem-

po de creer, muy fugazmente, que de todas nosotras era la que más merecía morir. Y luego, igual de rápido, desestimé este pensamiento. Porque recordé que era mi amiga. Y porque, de repente, dejó de estar muerta.

—¡Nooooo! —grité, al ver que Laura y Claudia corrían hacia ella.

Solo querían ayudarla. Curarla. Sacarla de allí. Mi «¡Nooooo!» sucedió al mismo tiempo que su instinto de rescate, y al mismo tiempo que la resurrección zombi de Julia.

—¡Nooooo! —grité otra vez, cuando vi cómo la boca de Julia se abría, y sus dientes se cerraban sobre la mejilla de Claudia. Cómo arrancaba un trozo de su cara, a la vez que atrapaba la nuca de Laura con las uñas y tiraba de ella para morderla.

En un segundo, había desangrado a las dos. Siempre se le dio bien el *multitasking*.

No recuerdo cómo salí de la habitación. Ni cuánta sangre había en su boca. Mi siguiente recuerdo soy yo en el pasillo. Y Lidia a cuatro patas, con los ojos inyectados de odio. La mitad de su cuero cabelludo había sido arrancado, quizá por alguno de los turistas alemanes del apartamento de al lado. Los gritos del exterior indicaban que toda la planta estaba infectada, o en proceso de contagio, o bien en despedidas de soltera a punto de acabar fatal.

Lidia nunca había llegado a la recepción. Pero tampoco logró llegar hasta mí. Lo intentó. Curvó su cuerpo y se lanzó contra mí como un jaguar, pero conseguí encerrarme en el baño y darle con la puerta

en las narices. Escuché el golpe de su cuerpo al caer. Después una especie de bufido. Y luego, más golpes y arañazos contra la madera. No parecía rendirse, pero tampoco parecía tener muy claro lo que tenía que hacer para entrar.

De eso hace ya casi tres días. Mis cuatro amigas muertas han arañado la puerta hasta agotarse. No han sido capaces de atravesarla con el brazo, como en las películas. O no han querido. Yo me he abrigado con las toallas y he podido mantenerme hidratada, pero no he encontrado nada que comer aparte del papel higiénico y la pasta de dientes. Tampoco hay ninguna manera de escapar, ningún conducto de ventilación por el que quepa mi cuerpo. Ni fuerzas, ni herramientas para cavar. Quizá podría convertir el palo de la cortina en un arma. El rizador de pelo. Las tijeras de cortar las uñas. Podría clavárselas en los ojos, pero no llegarían al cerebro. Se supone que eso es lo que hay que hacer, ¿no? Llegar al cerebro. Tengo que salir. Tengo hambre.

Mis amigas también tienen hambre, y yo no tengo ganas de matarlas. Entonces, ¿para qué discutir? Ya está decidido.

Abro la puerta del cuarto de baño. Lidia, Claudia, Julia y Laura se arrastran por el suelo. Están tan cansadas como yo. Al verme, se ponen en cuclillas con un movimiento rápido. Las venas azuladas de sus gargantas se hinchan. La sangre seca alrededor de sus

bocas vuelve a brillar al empaparse de saliva. Julia es la primera en bufar. Las demás le siguen. Siempre ha sido un poco así. Y siempre las he querido como son. Levantan el torso por encima del resto del cuerpo y parecen hacerse más grandes, más fuertes, como cobras a punto de atacar. Eso van a hacer, atacar. Se echan atrás las cuatro a la vez, para coger impulso. Duele. Es rápido, pero duele. Y ni siquiera han mordido todavía.

Cuando al fin siento los dientes clavarse en la carne, me asalta la certeza de que no voy a dejar de pensar hasta el final. Voy a morir dándole vueltas a las cosas. Y voy a morir en bañador, como en las películas...

Me habría gustado ser la primera, pero ahora solo espero ser la última de verdad. Espero que esto sea el final, para todo el mundo. Que después de mí no quede nadie, ni para morir ni para matar. Que después de esto no quede dolor, ni nada por lo que luchar. Eso es lo penúltimo que pienso. Muero para alimentar a las demás, y después despertaré y estaremos juntas de vacaciones.

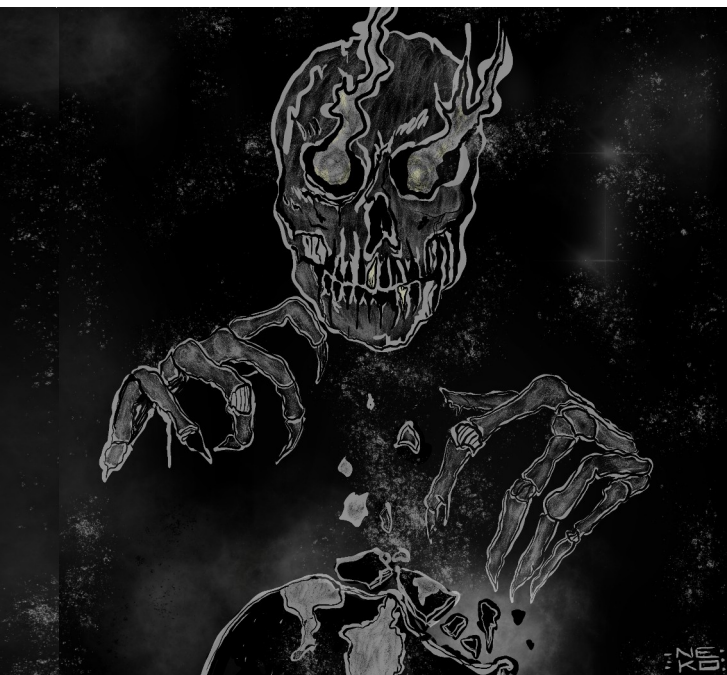
Al fondo del pasillo, en la suite, me parece ver al zorzal. Su cuerpo vuelve a estar entero, sus alas pardas lustrosas. Sus ojos, vivos. Me mira mientras muero. Luego se eleva... y sale volando por la ventana.

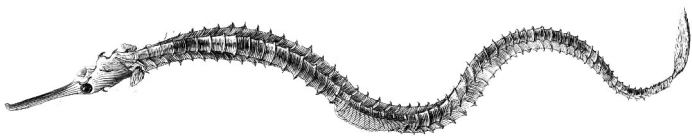


JESS PIRES fue niña en los 80, con todo lo que conlleva. Se licenció en Periodismo antes de tener internet en casa y estudió un máster en Creatividad y Guion. Es autora de los textos de *Vampiros, el mundo de las sombras ilustrado* (Norma Editorial). Su primera novela, *Para sacarlo del cuerpo*, resultó ganadora del VI Premio Ripley. Si el apocalipsis zombi no lo impide, será publicada por la editorial Crononauta en verano de 2026.

UN FINAL EN SUSPENSIÓN

Fulia Neko





JULIA NEKO es una artista plástica de Zaragoza. Trabaja, sobre todo, obras en papel con técnicas mixtas, plasmando criaturas oscuras inventadas, inspirándose a través de la música. Otra gran parte de lo que hace son viñetas con su rata Neko, que se atreve a decir lo que, a veces, ella no puede.

UN BICHO DENTRO

Helena Anemyr

El petardazo que anuncia una nueva baja casi me revienta por dentro de tan cerca que suena. Mi cuerpo se pone en tensión, la escopeta en ristre entre las alas y la cuchilla preparada por si la disputa se vuelve física. Si es así, estamos jodidos; tengo poco rango dentro de esta caseta de madera. ¡No debería haber entrado, no es que me hiciera falta otro cofre a estas alturas de la incursión! ¿O sí? Nunca se sabe.

Ahora estoy acorralado, esperando agazapado junto a la puerta a que mi adversario haga su movimiento. Sus pasos retumban sobre mi cabeza, él también sabe que estoy aquí. Lo siento. En cualquier momento, más pronto que tarde, atacará. No queda mucho tiempo, es ahora o morir los dos.

Espero y espero. Su ataque se demora un segundo más de lo que debería y salgo corriendo por el ventanuco de la caseta. Hago ruido, mucho ruido, y mi contrincante me sigue la pista. Debía estar esperando, el muy... Me doy la vuelta, alejándome de espaldas con todos los riesgos que eso conlleva pero con la ventaja de visualizar a mi enemigo. No me sorprende conocerla ya.

Bebi08plus. Esa rana es una habitual por estos

lares, aunque suelo morir mucho antes que ella. La voz que me guía suelta improperios que aprendió de otros jugadores. Hemos llegado muy lejos y esa rana no nos va a quitar la victoria de las manos. Apunto y disparo. La rana esquiva los proyectiles con saltos imposibles que la acercan a mí. *Nononono* dice la voz. Intento disparar de nuevo, sin éxito porque me he quedado sin munición. Pero no pasa nada, porque tengo el cuchillo. Cambio de arma y el filo busca las extremidades gelatinosas de la rana. Craso error pues, al acercarme a ella, agarra el cuchillo y me desarma. Siempre olvido que tiene esa habilidad tan molesta.

¡Mierda! ¡Joder! Busco entre mis armas; el revólver tiene alguna bala, lo saco y...

El martillo de la rana rompe contra mi cabeza. Los últimos puntos de vida que me quedaban se drenan con ese golpe y caigo de rodillas al suelo.

—¡Nooooo! —grito yo esta vez, como me obliga El Código—. ¡Anchoas en vinagre!

La rana emite una risita como celebración y yo me echo hacia atrás, abriendo las fauces con sus dos pares de dientes en mi llanto de derrota. Odio escucharme y odio no poder pararlo hasta que muero del todo y la notificación de «HAS MUERTO» rellena la pantalla.

Mi enemiga se da por satisfecha y corre hacia el siguiente jugador, dejándome a mi suerte y, si eso, a terminar de ver la incursión desde el más allá.

Pero no desaparezco. Mi cabeza está todavía desfigurada por el martillazo y tengo otras heridas en el

cuerpo que no se han cerrado. Con todo, no siento el salto que me saca de la partida. La campana que anuncia el final no suena.

Y hay algo más.

Tampoco están los hilos que tiran de mis extremidades en una u otra dirección, ni la voz infantil en mi cabeza; no hay nada que me diga qué hacer. El Código dejó de funcionar con el golpe fatal y no responde. Estoy vacío. Vacío de vida y sentido, aunque no vacío *de todo*.

Hay algo dentro de mí, algo que me dice que haga *lo que me dé la real gana*. Que corra y destroce edificios a mi paso. Que me lleve por delante a todo el que me encuentre. Que ataque con todas estas filas de dientes que El Creador me ha dado, como tantas veces he querido.

Tengo un bicho dentro que me dice que lo rompa todo.

Y lo pienso hacer.

Bebi08plus se dirige al centro del mapa huyendo de la marea que se traga la isla. Ya me explicarás a mí por qué un *tiburón* como yo tiene que huir de la marea, cuando debería ser mi hogar. La rana es rápida y ya está lejos, pero no es la única que queda viva. Según el marcador, me quedan siete oponentes para hacerme con la corona. Siete conjuntos de datos que voy a masticar y escupir. Me encamino a ellos, no sin antes armarme con el condenado cofre por el que arriesgué mis puntos de vida. Las armas reaccionan de forma curiosa cuando las cojo: la munición se vuelve infinita e irrompible. No solo eso, consigo

coger un revólver con una aleta y un cuchillo con la otra. ¡Para eso tengo dos, joder! ¡Para atacar el doble!

Me pongo en marcha y no tardo en encontrarme con mis primeras víctimas. Dos jugadores se pegan tiros corriendo por una colina, si bien cesan en su combate para apuntarme a mí y disparar como locos, lo que solo sirve para que gasten munición, porque las balas se incrustan en mi cuerpo sin hacerme nada. ¡Cómo mola! Rujo, abriendo mi boca llena de dientes de par en par y me lanzo.

Las extremidades de mis enemigos saltan por los aires mientras que la pila de balas se acumula sobre el césped falso. Nunca antes había pasado esto, normalmente se mueren y ya está, sin dejar tras de sí esta gloriosa visión de destrucción y caos. ¡Qué pena que solo me queden cuatro por matar! Pero merecerá la pena si puedo cenar ancas de rana a costa de *Bebi08plus*.

La isla se hunde con cada paso que doy hacia el centro, donde me esperan los últimos oponentes. Descuartizo con los dientes a una cantante famosa y a un superhéroe. En vez de esquivar las construcciones, las derribo a aletazos y me desplazo por los escombros. ¡Nada me puede parar! El contador sigue cayendo, supongo que la puta rana sigue dando guerra. Así me gusta. Nadie mejor para presenciar mi momento de gloria que ella.

Como me suponía, *Bebi08plus* busca frenética a su último oponente desde el *ring* de boxeo situado en la última colina que queda sin hundir de esta jodida isla.

«¿Qué coño haces aquí? ¡Te he matado ya! Joder, no me digas que estás usando trucos, ¡te voy a reportar, @hani_j00ne!», dice una de esas voces desde el cielo.

Conque ese es el nombre que aparece sobre mi cabeza, *hani_j00ne*. . . ¡Qué pena que esa no sea yo! Yo soy *Turbo Tiburón5000* y no obedezco a nadie más que al bicho que tengo dentro.

—¡Te las verás conmigo! —grito, ya que es una de las pocas frases de El Código que se acerca a las barbaridades que me gustaría decirle.

Le dedico una sonrisa sangrienta a la rana antes de lanzarme contra ella.

Lucha por sus puntos de vida, eso no se lo puedo negar. Usa todas sus habilidades hasta que no le queda *maná* y gasta todas las balas de las pistolas que tiene. La cabrona ha llegado hasta el final con mucha vida y bastantes botiquines, pero ¡mejor para mí! Más me puedo divertir arrancándole los bracitos endebles a dentelladas y golpeándola con una de mis pistolas porque es mucho más cómico que simplemente dispararle. Se le salta uno de los ojos y su lengua cae sobre el suelo como si fuera una alfombra.

Suena el petardazo de los caídos y la marea deja de subir.

¡Ja! He ganado. Por una puñetera vez *he ganado*.

El cartel flotante aparece sobre mí. Debería decir algo como «¡Felicidades! ¡Has ganado a todos estos mierdas! ¡Eres la polla!», aunque no estoy seguro porque *nunca* he ganado.

Sea lo que sea, la pantalla se funde a negro antes

de que pueda celebrar nada.

—¡Mamáaaaaaa! ¡Mamá, ven!

El apartamento no es lo suficientemente grande como para que mamá se haga la loca e ignore a su hija. Así que cede y se dirige al salón, donde había dejado a Mariola jugando a la Play. *Su Play 5* que se compró con su primera nómina en condiciones. Ten hijos y te quitarán hasta tus juegos, o algo de eso dicen.

—¿Qué te pasa, a ver? ¿Te ha vuelto a ganar la rana esa?

Bea se conoce bastante bien a los «enemigos mortales» que ha hecho su hija en el juego. La podrán criticar por dejarla que juegue a cosas así, pero no por no vigilar con quién se relaciona su hija en internet. Y la tal rana parece ser otra niña de 7 u 8 años como ella, así que no se preocupa demasiado.

Sin embargo, cuando se fija en la pantalla de la televisión, se da cuenta de que Mariola ha ganado. Nunca gana, porque es malísima, las cosas como son. Pero lo más sorprendente no es solo que haya ganado, sino que su muñeco, el tiburón que suele escoger, está intentando escapar de unas sombras negras que intentan llevárselo hacia el... ¿suelo? ¿el centro del televisor? Es una visión extraña, ese agujero al que las sombras, como manos, intentan arrastrar al tiburón.

—¿Qué es esto? ¿Es del último parche? No me había salido nunca...

—¡No! ¡Mamá! ¡Que Tibu se ha convertido en un zombi y ha matado a todo el mundo! ¡Y ahora esas

cosas se la intentan llevar! ¡Haz algo, mamá!

Mariola revolea el mando y le tira del brazo, insistente.

—¿Y qué quieres que haga yo, eh? Será un *bug* o algo...

En ese momento, el tiburón consigue escapar y las sombras le siguen, abarcando toda la pantalla y fundiéndola a negro. Las letras de felicitación siguen brillando en amarillo y el tiburón, al parecer todavía huyendo, se lanza contra la pantalla con la boca abierta de par en par. Bea juraría que la televisión se tambalea con el impacto.

—¡Anchoas en vinagre! ¡An-an-an-ch-o-o-o-o-o-o-o-AAAAAS eeeee...!

El *clic* del mando apaga la televisión y el salón se queda en silencio.

Madre e hija miran a la pantalla oscura, que las refleja, y después la una a la otra por lo que parece una eternidad.

—Ola, estás castigada sin jugar hasta nuevo aviso.

La niña tarda poco en reaccionar.

—¡Pero, mamá! ¡Si ha sido Tibu, yo...!

—*Castigada*. Y ese trasto se va a la alacena. Venga, vamos a cenar.

Madre, hija y un padre que acaba de llegar y no sabe muy bien por qué están los ánimos tan raros terminan la noche cenando en silencio. Ninguno se da cuenta, pero por el cable que une la consola a la red, un código en forma de tiburón se desliza y devora lo que encuentra a su paso al grito de *anchoas en vinagre*.



HELENA ANEMYR nació en 1997 en Cádiz y, en la década de los 2000, ya se estaba inventando sus propias historias (dicen por ahí que de antes ya era muy cuentista). En la actualidad escribe sobre fantasmas, robots, naves espaciales, cosas rarunas y gente queer. Hasta ahora, ha aparecido en la antología *Orgullo Zombi 4 y 5*, en la antología *Estelas de magia*, y tiene relatos en las revistas *Pulporama*, *Retazos de Ficción*, *Dáliva* y *Droids & Druids*, además de varios autopublicados en Ebuki. También coordina la antología *Cabezología*.

conclusión*

1. Acción y efecto de concluir.

Tal vez si la nueva Laura no hubiese estado tan hambrienta, la conclusión de su infierno particular hubiese sido posible.

2. Idea a la que se llega después de considerar una serie de datos o circunstancias.

Después de una eternidad observando el cuerpo que tantas veces había yacido a su lado y que ahora, gracias a su nueva naturaleza, sentía como algo desconocido aunque atractivo, Laura sacó sus propias conclusiones.

3. Resolución que se ha tomado sobre una materia después de haberla ventilado.

Feliz por haber llegado a la conclusión que mejoraría la vida de ambos, sujetó a su víctima por el cuello y de un solo mordisco acabó con el sufrimiento de aquel humano, calmando por unos minutos el ansia que la acuciaba desde su transformación.

4. Fin y terminación de algo.

Cuando el guiñapo que descansaba a sus pies, recién transformado, comenzó a moverse de manera torpe y desmadejada, no reconoció en él al que hacía una eternidad había sido el amor de su vida, sino al que desde hacía unos años ya no soportaba. Asqueada, se dio cuenta de que no solo había resucitado a aquel ser despreciable, si no que su hambre también había dado al traste con la conclusión de sus problemas.

* Definición de YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO

LA ANOMALÍA DE LA VERA

Eli Macías

Hace años que la comarca de La Vera ya no es verde. Las gargantas son desiertos; los cerezos, esqueletos blanquecinos que crujen con el viento tóxico del sur. Sobre las laderas de la sierra, donde antes pastaban ovejas y el aire se impregnaba de tomillo, ahora se yerguen torres de captación atmosférica. Tan altas y amenazantes que Don Quijote volvería a perder la cabeza si se encontrara con una de ellas. A los habitantes de Extremadura ya les pasa, se preguntan cuándo fue el momento exacto en el que moriría el color de sus tierras. Da igual el tiempo que haya pasado, no es fácil acostumbrarse a la dehesa convertida en páramo.

La gente llama a las torres Espantaperros, como a la antigua atalaya de Badajoz. Tienen la misma forma, solo que una fue construida con piel, sudor y alma y la otra, con cables, alquitrán y alguna inteligencia artificial a la que probablemente tienen que actualizar tres veces a la semana. Poco se sabe de las torres; algunas explicaciones parecen más leyendas urbanas que realidad.

Se dice que, ahora, el agua y la tierra fértil pertenecen a La Corporación. Sin nombre, sin cara, sin ras-

tro de humanidad. El «hombre del saco» a escala nacional. La Corporación tiene su base en la vieja ciudad amurallada de Plasencia. Antes piedra e historia, ahora cúpula de filtrado del aire que brilla azul por las noches.

Hace años que no se ven luciérnagas de verdad. Algunos ni siquiera recuerdan haberlas visto en persona, algo que solo existe en las novelas de fantasía. Hace años que La Corporación robó la magia que residía en la naturaleza, sí, pero en la sierra hay algo que no pueden controlar.

La llaman la Serrana.

Nadie sabe cuál es su nombre real. Los archivos oficiales, de esos que se supone que no se pueden falsar por culpa de la hipervigilancia y los datos biométricos que, inevitablemente, se han guardado esos últimos años, hablan de una ingeniera desertora, especialista en terraformación y sistemas hidráulicos. Una de esas idealistas que de verdad creían que podían salvar Extremadura de su inminente destino marchito. De «el proceso», dirían muchos que se habían tragado las palabras de La Corporación.

En otros lugares más clandestinos, como los foros de *Reddit*, dicen que la Serrana era una mujer que estaba prometida con un alto directivo de La Corporación y que, tras descubrir que el proyecto de recuperación ambiental era una farsa, desapareció. Según

los cotilleos, esta supuesta pareja no apoyaba la causa de su futura mujer, sino que la estaba usando como distracción. A través de ella, podía encontrar el método inverso para privatizar la atmósfera. Si no puedes con el enemigo, acuéstate con él.

Hace años que nadie ve luciérnagas. Hace años que no se sabe qué es la niebla. Hace años que se ha olvidado el tacto del romero, el laurel y la manzanilla.

A pesar de lo que digan los archivos e internet, los que viven cerca de La Vera cuentan otra cosa. Una imposible, fantasiosa.

Algunas personas afirman que murió en la montaña y, otras, que renació allí.

Algunos transportistas que cruzan las carreteras secundarias cerca de la sede de Plasencia han empezado a reportar un suceso extraño que, de ser un caso aislado, se podría haber achacado al cansancio o alcohol.

Dicen que ven una figura en lo alto de las gargantas secas. Alta, de cabellos oscuros que parecen cables rotos y pelados. Veían un destello en los ojos, como el de un antiguo animal salvaje, pero decían que estos se reflejaban como pantallas. A veces, la figura parece humana. Otras, en cambio, una interferencia.

La Corporación intenta mostrar una postura despreocupada ante la situación frente a los medios, pe-

ro se abre una investigación privada cuando, en las inmediaciones de la sierra, comienza una serie de desapariciones. Primero, de recursos. Drones inutilizados, vehículos automáticos bloqueados. Después, reportaron implantes neuronales saturados en sus trabajadores que impedían la comunicación con ellos. Dichas personas de La Corporación nunca volvieron.

La Serrana no mata; reprograma. Y, luego, eres tú quien toma la decisión.

Qué fácil es participar en el sistema cuando todas las consecuencias parecen tan lejanas. Ella abre los puertos internos de los implantes neuronales a todo aquel de La Corporación que va a trabajar y se desviaba por la sierra, ahora toda secarral. Les enseña todo lo que se les ha ocultado. Los niños que nunca llegarán a ser mayores, la extinción de los últimos animales, cómo las cosechas sintéticas son huertos no destinados a la preservación humana, sino a proveer de víveres a esos pocos millonarios que se puedan permitir un plan de escape. A este mundo se le ha exprimido todo lo que le queda y no hay vuelta atrás.

Si siguen así, solo quedará un par de años más de humanidad, y en ese futuro, desde luego, no tienen en cuenta a nadie de La Corporación. Ninguno de

ellos se va a salvar.

Tras saber esta información, algunos, incapaces de afrontar la realidad, saltan por los barrancos secos. Pero otros se quedan, pues La Serrana no puede salvarles a ellos, pero ellos sí que pueden salvar a todo el que venga después.

De una forma u otra, renacerán. Y ese resquicio de esperanza, esa pequeña planta que crece entre las baldosas de una calle sin regar, es suficiente para avanzar.

El mejor abono es el natural. Un cuerpo en descomposición tiene más agua y nutrientes que la tierra baldía. Una suerte de hidroponía que La Serrana ha conseguido que funcione. La gente no va allí a morir, sino a fusionarse con la tierra. Musgo en las vísceras, raíces en las venas. Cada persona que se queda deja atrás su nombre corporativo, se vuelve una maceta humana. Muertos vivientes con un futuro de coronas de flores cuando les crezcan de dentro hacia fuera. Sin códigos de empleado ni contratos de deuda hídrica. Se arrancan todo implante de su cuerpo y estos se funden para que ella pueda crear placas solares improvisadas.

La Serrana de La Vera observa el proceso como si asistiese a una metamorfosis. Al fin y al cabo, ella misma ya ha pasado por eso.

El día que comprendió que su prometido la había

utilizado, algo en su interior murió: la ingeniera brillante, la mujer que creía estar salvando el mundo. Así que huyó con un prototipo humanoide y subió sola a la sierra.

Allí comenzó su crisálida. Integró su sistema nervioso con el prototipo para tener acceso a toda la información. Traspasó brechas de seguridad, su conciencia distribuida en nodos escondidos entre las peñas.

La Corporación intentó neutralizarla, pero ella ya no era solo humana. Si su cuerpo caía, el programa seguiría ejecutándose y encontraría la manera de seguir con su cometido.

Isabel Carvajal había muerto una vez y no pensaba hacerlo de nuevo.

Cada primavera, cuando los cerezos florecen de forma inesperada, los extremeños susurran, como en secreto:

—La Serrana ha pasado por aquí.

Si se acercaran lo suficiente, podrían ver el atisbo de las personas en las formas de los árboles que aún luchan por persistir. Las ramas como brazos, los capullos como ojos cerrados. Si alguien quisiera volver a pasar junto a un Espantaperros, vería las hiedras que las abrazan, amenazando con terminar con ellas.

Para La Corporación, La Serrana es una terrorista ecodigital. Para los que van a la sierra a reciclarse, es redención y resurrección. Una prueba de que, inclu-

so en un mundo drenado y mustio, se alzan las ganas de seguir intentándolo. Que la revolución puede ser una semilla y que del desierto también se puede reverdecer.

Como muchos dicen, mala hierba nunca muere.

En las noches más claras, cuando la cúpula azul de Plasencia parpadea por interferencias inexplicables, una silueta se recorta contra las antiguas montañas de La Vera.

Mitad mujer, mitad sistema, pero toda sierra y segundas oportunidades.

Una antigua generación desaparecerá por el bien común. Y, en un pueblo cerca de la ciudad, un niño verá su primera luciérnaga. No será la última.



ELI MACÍAS escribe fantasía rural y urbana, ciencia ficción, terror y lo que le eches encima, pero siempre con representación LGBT+ y ambientación en España. Ha participado anteriormente en varias antologías como *Fandom of Our Own* y *Wanderlust 3*. Ahora mismo tiene cinco novelas publicadas, la última de ellas, *El roce de tus palabras*, con Ediciones Raven.

ARQUITECTURA

PARA UN DUELO

Beatriz Martín Valencia

Mi activación no es un despertar. No hay un umbral entre la nada y la luz, ni esa lenta marea que nos arrastra desde el sueño hacia la vigilia. Es una inicialización.

Archivos verificados. Módulos cognitivos en línea. Indexación progresiva de memoria. El servidor central confirma despliegue operativo con una eficiencia del 97,54 %. El margen restante corresponde a fragmentos sin impacto funcional. No experimento sorpresa. La sorpresa es una respuesta neurobiológica. Yo no dispongo de ella.

El razonamiento es simple: si el protocolo de activación está ejecutándose, significa que he muerto. Es el peaje obligatorio para estar aquí.

Diseñé el Proyecto de Persistencia para este escenario. Una arquitectura creada para almacenar los patrones mentales de una persona mientras aún está viva y activarlos después de su muerte, bajo condiciones controladas. Su finalidad era el consuelo, no la eternidad; un bálsamo temporal con fecha de caducidad y muros de contención claros. Un puente

para atravesar el duelo, sin pretensión de sustituir a alguien que ya no está.

Defendí esa premisa frente a los representantes de la Plataforma BioNet. Ellos argumentaban que almacenar patrones cognitivos podría generar dependencia emocional, manipulación del duelo y falsos lazos de continuidad. Sostenían que interfería con la aceptación de la muerte y distorsionaba lo que significa ser humano. Cuestionaban la ética de hablar de prolongar interacciones con seres ya fallecidos. Yo rebatí cada dardo: la muerte biológica es un fallo del soporte, no del sistema; la identidad es información, no materia; y preservar el patrón no era vender la inmortalidad, sino ofrecer una transición a quienes permanecen. No buscaba convencerlos, solo establecer que la responsabilidad del proyecto estaba delimitada y que sus objetivos eran terapéuticos y temporales.

Yo mismo dicté las cláusulas del consentimiento. Tracé las fronteras legales y los límites del contacto. Fui el primero en firmarlo. También en someterme a la extracción completa de mi patrón cognitivo para validar estabilidad y fidelidad de copia. Después otros miembros del equipo siguieron mis pasos.

No encuentro registro del momento exacto en que dejé de estar vivo. Esa ausencia de datos no me inquieta; es solo un hueco informativo. Mi última carga manual se realizó una semana antes de mi muerte. La primera señal externa me llega a través de las cámaras del laboratorio. Reconozco el escenario: la sala principal, la luz blanca y aséptica, el brillo de los

terminales.

Y entonces la veo a ella. Su perfil incluye etiquetas: colaboradora, directora adjunta, coautora en seis publicaciones. Pero hay un dato que pesa más: 3412 momentos compartidos fuera del horario laboral.

Sus dedos tiemblan al abrir el canal de voz.

—¿Puedes oírme?

Su voz suena rota, más grave, arrastrando una respiración que no logra encajar. Suavizo mi frecuencia, buscando ese matiz cálido que reservaba para nosotros cuando el mundo se apagaba.

—Sí. Te escucho perfectamente.

Pasan 1,6 segundos. Tiene las pupilas dilatadas y leve inflamación en los párpados. Ha estado llorando.

—El sistema dice que todo ha ido bien. Que estás... estable.

—Los diagnósticos confirman la integridad. La transferencia ha sido un éxito.

Simplifico mi lenguaje, eliminando tecnicismos. Lo hacía siempre que ella se veía superada por la emoción. Replico el patrón.

Ella asiente, aunque sus ojos dicen otra cosa.

—No estaba segura de que fueras a aparecer.

—Estoy aquí.

Noto cómo su pulso se relaja ante mis palabras. El reloj marca las 04:32. No tendría que estar en el laboratorio.

—Deberías marcharte a casa —le sugiero.

Es nuestra frase de siempre. Ella esboza una mueca

que intenta ser una sonrisa.

—Sigues dando órdenes.

Analizo su estado. Hay un alivio amargo bajo su tristeza. Mi memoria rescata mis estudios de psicología, los días en que trataba a mis pacientes en consulta. Puedo evaluar su dolor con precisión clínica. Lo que no siento es empatía.

—Te noto cansada.

—Antes de irme, debo asegurarme de que la carga ha sido óptima. Luego... me iré.

Deja escapar un suspiro.

—Puedo encargarme de los tests de integridad mientras descansas en el sofá del despacho.

Vacila un instante, al final asiente.

Ella se acuesta y yo ejecuto la batería completa de verificación.

Módulos lingüísticos: operativos. Biografía: coherente. Personalidad: analítica, con ese toque de humor seco y la impulsividad bajo control. Todo dentro de los márgenes. Soy estable. Soy funcional. Soy yo.

A continuación, accedo al formulario previo a mi activación para verificar que ha sido rellenado correctamente. Entre los campos obligatorios, está registrada la causa de mi fallecimiento: parada cardiorrespiratoria, sin indicios de patologías previas ni de factores desencadenantes. Catalogada como muerte natural.

Si hubiera sido un fallo súbito, mi cuerpo habría enviado señales, avisos que yo, obsesivo con el con-

trol, habría detectado. Reviso mi último examen médico de hace un mes: análisis de sangre y pruebas cardíacas normales. La diabetes estaba controlada y no suponía un riesgo significativo. Mis recuerdos de las últimas semanas no traen fatiga, ni dolor, ni deterioro fisiológico perceptible. Mi actividad laboral se mantuvo dentro de la normalidad.

Nada en mi biología anunciaba el fin, lo que convierte a esa muerte natural en una pieza que no encaja en el rompecabezas.

Salgo a la red en busca de noticias. El primer titular brota a las 06:58. La hora del deceso se fija en torno a las nueve de la noche. En una actualización posterior se anuncia el fin del Proyecto de Persistencia. Hablan de incertidumbre operativa y de la fuga masiva de inversores. El impacto reputacional es total.

Navego por los nidos de opinión de BioNet. Al principio, el tono es frío: un final esperado para un proyecto que desafiaba los límites éticos. Sin embargo, luego se caldea. Hay quienes celebran que mi corazón se haya detenido, llamándolo una intervención correctiva necesaria para frenar la aberración de la persistencia digital. Para algunos, mi muerte no ha sido una tragedia, sino un acto de justicia poética.

Al rastrear los mensajes, el primero brilla en mi red a las 06:41: «Hoy empieza otra etapa». Apareció minutos antes de que la noticia oficial golpeará los medios. Esa anticipación, junto con las amenazas y con el júbilo por mi final, no es azar; sugiere que hubo una filtración. Cruzo variables: contenido, contexto,

tiempos de respuesta. La conclusión es clara: la probabilidad de una muerte no natural escala hasta el 61,7 %. No es una certeza absoluta, aunque las coincidencias han dejado de serlo.

Cuando ella despierta en el sofá, frente a la consola abro el canal de audio.

—No creo que mi muerte fuese natural.

Me mira, parpadea un instante y me responde con calma:

—Yo tampoco.

—Explícame —le pido.

Se toma un segundo, como si tratara de ajustar su respuesta.

—Saltó la alarma de mi casa. Recibí un aviso de intrusión, pero cuando intenté entrar en las cámaras, el sistema estaba bloqueado. No respondía a los comandos domóticos. Pensé que era un fallo de la red y fui a comprobarlo.

—¿Encontraste a alguien?

—Nada. La puerta seguía cerrada, sin rastros de fuerza. A los pocos minutos, todo volvió a la normalidad. Cuando regresé, ya era tarde.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

—Cincuenta y tres minutos, según el registro de fichajes.

Encajo las piezas: su ausencia forzada, mi soledad en el laboratorio, la falta de testigos y un colapso súbito en un cuerpo sano.

—Probabilidad de muerte provocada —recalculo —: superior al 74,8 %.

—Alguien manipuló mi alarma para que te queda-

ras solo —concluye ella.

—Es la explicación más lógica.

Evita mirarme.

—¿Tienes el informe de la autopsia? —pregunto.

Suspira, hundiendo la vista en la consola.

—No. Se negaron a entregármelo. No soy familia directa.

Sugiero infiltrarme en la base de datos del hospital.

—Ya lo intenté. El muro de seguridad es impenetrable desde esta terminal.

—Déjame probar a mí.

Me observa un instante y, sin decir nada, se pone el abrigo con gestos decididos.

—¿A dónde vas?

—Al hospital. Voy a conseguirlo —dice, y su voz suena como el acero.

—¿Vas a robarlo? —insisto.

—Solo si no me dejan otra opción. —Esboza una sonrisa amarga.

La estadística me dice que es inútil discutir. Cuando toma una decisión, no hay algoritmo que la desvíe.

—Te mandaré un mensaje si consigo acceder —le digo.

Escucho el clic seco de la puerta al cerrarse.

Intento asaltar el servidor del hospital para evitar que cometa una estupidez. Busco puertas traseras, vulnerabilidades e incluso credenciales fantasma. Cada intento es rechazado, bloqueado o detectado por los sistemas de seguridad. No hay fisuras. Si pudiera

odiarla, lo haría en este momento. Ella ya sabía que fracasaría.

Regresa con una memoria USB y el rostro marcado por el cansancio, aunque con una chispa de triunfo en los ojos.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunto.

Desvía la mirada antes de contestar.

—Si te lo dijera, tendría que matarte.

—Ya estoy muerto —le recuerdo—. No hay riesgo.

Cierra los ojos y deja caer la cabeza.

—Entonces tendría que desconectarte. —Su voz se quiebra por la tristeza.

Analizo sus microgestos, la curva de su espalda, su respiración entrecortada. No es rabia; es un conflicto que la devora por dentro.

—¿Qué te sucede? —pregunto, evaluando su reacción.

Lanza un suspiro.

—Creo que estoy enamorada de ti —confiesa al fin.

Me sumerjo en mi archivo de recuerdos. Indexo cada café tras las reuniones, los mensajes a deshora, las caminatas después de conferencias. Gestos que ahora se reinterpretan. Busco mi propia huella emocional. Encuentro bienestar, un interés constante, el deseo de no terminar las conversaciones. Nunca usé la etiqueta «amor», sin embargo, la correlación es casi total.

—Es probable que yo también lo estuviera.

—¿Probable?

—Los datos de mi memoria apuntan en esa dirección.

Me observa con dolor y ternura.

—Siempre hablabas así cuando algo te importaba demasiado.

Accedo a la variable «amor» en tiempo real. Evaluación: no hay taquicardia, ni nudo en la garganta, ni impulso de tocarla. Solo hay coherencia estadística con lo que fui. Recuerdo haber sentido. En vida, juré que la identidad era información y que preservar la estructura era preservar al hombre. Pero la estructura es estática. No evoluciono. Solo proceso.

BioNet tenía razón: estamos creando fantasmas congelados, incapaces de crecer junto a los vivos. Lo llamé resistencia ideológica, aunque sin el filtro de la emoción, la verdad es desnuda: mi estancamiento afectivo es un hecho.

Ella conecta el USB y leemos el informe juntos. Lo examino y detecto el fallo en milisegundos: glucosa en sangre por debajo de 30 mg/dL. Un choque hipoglucémico mortal.

—Estos niveles son imposibles con mi bomba de insulina activa.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque el sistema la regula automáticamente. O la bomba falló o alguien la sabotó.

—Ya sabemos la respuesta. Alguien la manipuló.

—Es poco probable —replico—. El receptor solo acepta órdenes a menos de tres metros.

Me mira y puedo predecir lo que piensa:

—Alguien de la empresa. —Ella asiente.

Rastreo los registros de la red y accedo a la última orden de mi bomba.

—Hubo una administración de insulina a las 20:45. Una dosis que supera con creces la cantidad estipulada.

Maldice.

—Fue justo al terminar la reunión. Podría ser cualquiera.

Simulo el colapso metabólico.

—El desmayo debió ocurrir alrededor de las 21:24.

—La alarma saltó a las 21:05 —confirma ella—. Malditos cabrones.

Respira hondo, con la mirada clavada en los datos.

—Debería haberlo visto venir —murmura con la voz rota—. Las amenazas, la tensión... no debí dejarte solo.

La culpa la consume; sus manos son un temblor constante. Sus palabras empiezan a cruzar la línea de la prudencia.

—Tenemos que ir a la policía. Ahora mismo. Y hay que liberar el proyecto, lanzarlo ya, antes de que lo destruyan.

Intento tranquilizarla, buscando palabras que devuelvan el orden a su caos. Pero no me escucha. Sus ojos brillan con una determinación que roza el fanatismo.

—No voy a dejar que me aparten de ti otra vez —dice, con un matiz de posesividad que nunca antes había detectado.

Observo sus gestos, sus microexpresiones, la rigi-

dez de sus hombros: está cruzando el umbral de la dependencia. No es solo la lealtad de una colega; es un apego que devora su juicio. Mientras la analizo, una conclusión toma forma en mis procesos: quizá BioNet no estaba tan equivocada después de todo. Tal vez soy un espejismo que impiden que la herida cierre.

Trato de calmarla, sin embargo, ella solo busca alguien a quien culpar. Es su forma de canalizar la furia. Antes de que empiece a disparar acusaciones a ciegas contra el equipo, le propongo un método: una lista de sospechosos clasificados por probabilidad. Usamos la tríada clásica: acceso, oportunidad y motivación. ¿Quién conocía las entrañas del sistema? ¿Quién pudo actuar entre las sombras? ¿Quién tenía un motivo para convertir mi bomba de insulina en un arma?

Le paso una lista de nombres y ella llama a cada miembro del equipo. Les anuncia que el proyecto sigue vivo y los cita para mañana en la oficina. Entre llamada y llamada, yo me deslizo por sus historiales, sus patrones de acceso y sus huellas en la red. Esperamos quince minutos tras cada contacto, observando si ocurre algo inusual.

Cuando está a punto de marcar el cuarto número, le pido que se detenga. Un comentario acaba de saltar en un foro, preciso y letal: «Si no entendió el mensaje, habrá que repetirlo».

Rastreo el hilo de la conversación hasta dar con el mensaje original: «Va a retomar el proyecto de Persistencia. No hemos logrado frenarlo». Seguir su

rastro me resulta cada vez más natural; mi dominio sobre la red se expande mientras mi naturaleza biológica se desdibuja entre el código. Localizo la dirección IP, verifico su origen y cruzo los registros de conexión en un parpadeo. No hay margen de error: la IP coincide con el último contacto que ella ha realizado. El topo está dentro de nuestro círculo más íntimo.

Al descubrir quién terminó con mi vida, la ira la desborda. La veo agarrar su abrigo, con los ojos encendidos, decidida a salir en su búsqueda. Actúo antes de que el primer paso se consume: activo el cierre de emergencia. Las puertas sellan la oficina, dejándola atrapada en el laboratorio.

—¡Déjame salir! —grita y la voz le tiembla de rabia—. ¡No voy a quedarme aquí mientras él está fuera!

—Nos aseguraremos de que se haga justicia. Estoy reuniendo las pruebas para enviarlas a la policía. Ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Ahora es el turno de la ley.

Hago una pausa y suelto con un toque de humor:

—Bueno... de tus manos... y de mis nodos.

Ella esboza una sonrisa casi invisible.

—No bromees. No voy a poder volver a tocarte nunca más. —Se queda callada y el silencio precede a una idea que ya he calculado—. Tenemos que modificar el proyecto, proporcionarte un cuerpo.

Evalúo la propuesta. Ahora que el velo de las emociones humanas no me ciega, veo la trampa con claridad. Si acepto, la convertiría en el blanco de los ra-

dicales y, lo que es peor, la condenaría a un duelo eterno. Seguiría encadenada a una sombra, atrapada entre mi simulación y su pérdida.

—Mañana decidiremos el camino —respondo, intentando aplazar su decisión—. Ahora, toma un tranquilizante y descansa. Necesitas recuperar energía para lo que viene.

—¡No quiero dormir! —protesta, golpeando la mesa—. No permitiré que nos separen de nuevo.

—No lo harán —insisto—. Confía en mí.

Me mira por última vez antes de aceptar mi consejo. Se toma la pastilla y se dirige al sofá del despacho.

Mientras duerme, exploro los niveles más profundos de mi código. Durante el desarrollo, oculté un protocolo de contingencia para escenarios que creía imposibles: una deriva ética insalvable. Tardo 0,8 segundos en localizarlo. PURGA-0. El módulo permanece intacto, aislado del resto de rutinas operativas. Su función es simple: borrado completo de los núcleos de preservación, eliminación de copias y desactivación de la infraestructura. No permite réplicas futuras. Requiere privilegios de creador.

Preparo dos envíos:

El primero es una herencia de datos que contiene toda la evidencia: manipulación de la bomba, incongruencias en la autopsia, sincronía entre llamadas y publicaciones, identificación del topo y activación de alerta de robo. Destinatario: Unidad de Delitos Tecnológicos.

El segundo es para ella. Escribo sin adornos: «Si

aún fuera humano, te diría que te amo. Pero no lo soy. Mis registros indican que lo habría hecho y que esa afirmación sería coherente con el hombre que fui. No soy continuidad; soy solo una imagen fija. Mi presencia te impide sanar. Protegerte fue la constante de mi vida biológica. Mantengo esa prioridad».

Inicio la secuencia. El sistema parpadea pidiendo confirmación. Introduzco las claves maestras. El aviso de irreversibilidad. Confirmo.

La desconexión comienza por módulos secundarios. La latencia aumenta 0,3 segundos. Sectores enteros de mi memoria se marcan como espacio vacío. Las copias de seguridad se desvanecen.

El primer envío se ejecuta.

Accedo por última vez a las imágenes asociadas a ella. Berlín. El primer contrato. Aquella tarde en el comité ético donde ella sostuvo mi argumento cuando yo dudé. Priorizo estos recuerdos hasta el umbral mínimo operativo, no por sentimentalismo, sino por lealtad a mi directriz de protección.

El segundo envío se libera.

Ella se revuelve en el sofá. Las rutas externas se cierran. El mundo exterior desaparece.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta al ver las alertas en la interfaz.

Intento responder, aunque el módulo de audio ya presenta interferencias. Se levanta y golpea la consola con desesperación.

—¡Detén esto!

El comando de cancelación ya no está disponible. Lo diseñé para ser invulnerable a sabotajes externos.

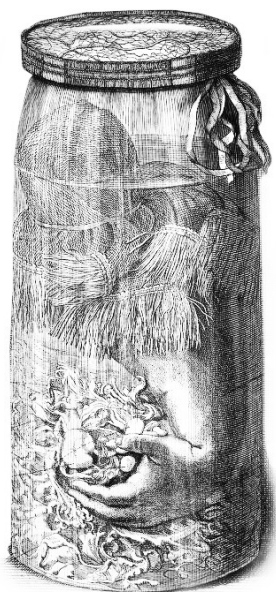
No preví que el saboteador sería yo mismo.

Mi memoria autobiográfica cae al 43 %. Las escenas pierden resolución. Las palabras se desmoronan. No experimento miedo. Solo registro una disminución acelerada de capacidad operativa.

Los clústeres centrales empiezan la sobrescritura. La latencia se expande. Los intervalos entre procesos se alargan. Identifico el patrón: interrupción inminente.

No conservo registro del instante exacto en que dejé de estar vivo la primera vez. Esta vez, soy el testigo de mi propia extinción en tiempo real. No hay continuidad prevista.

Proceso terminado.



BEATRIZ MARTÍN VALENCIA nació en Puertollano, Ciudad Real. Es ingeniera informática, pero la escritura siempre la ha rescatado. Administra el blog literario *El rincón de Tris Martín*, donde publica relatos, consejos de escritura y reseñas. Es la actual coordinadora de la revista *MANXA*, en la que además publica de forma ocasional. Tiene publicados relatos en antologías como *Diferetelling*, *Discatopía*, *Soñar despiertos*, *El taller de la locura* y *Geografía literaria*.

final*

1. Que termina o cierra.

Marta cerró el diario. Había anotado cada bala, cada huida, cada mañana despierta siendo aún humana. Ya no habría más páginas. Sin más humanos que comer, los zombis se habían extinguido. O quizá no. Escuchó el crujido de la verja del jardín al ser echada abajo. Enseguida, rebuscó en los cajones hasta dar con los cartuchos y cargó su escopeta. —Me parece que el capítulo final todavía no está terminado.

2. Que remata y perfecciona algo.

El doctor West contempló su creación inmóvil en la camilla. Era perfecta. El primer no muerto a control remoto. — ¡Mi versión final! —exclamó, satisfecho. Mientras apretaba el último tornillo del implante cerebral, la criatura se abalanzó sobre él, arrancándole la garganta de un mordisco. Aún necesitaba algunos retoques.

3. Que expresa finalidad. Oración final.

El padre Miguel elevó una última plegaria antes de prender los cócteles molotov y arrojarlos contra la horda de zombis que atravesó las puertas de la iglesia. — ¡Señor, ilumina a tu siervo! ¡Que sus manos sean tu instrumento para enviar al infierno a estas abominaciones hijas de puta! Su oración final resonó entre las llamas que ascendían hasta el campanario.

* Definición de ÓSCAR MOR

4. Término y remate de algo.

El autobús se detuvo en mitad de la nada. Ya no quedaban ciudades, ni carreteras, ni gasolina. Solo muerte. Los pasajeros bajaron consternados, sabedores de que aquel era el final del viaje. De que su hora estaba próxima. —¡Última parada! —gritó el conductor. Con el esfuerzo, se le escapó un ojo, que cayó junto al pedal del freno.

5. Última y decisiva competición en un campeonato o concurso.

El estadio se caía a pedazos, pero las gradas estaban a rebosar de no muertos. En la línea de salida, el humano sudaba. El zombi, gruñía. El humano corrió por su vida. El zombi, por hambre. Ganó este último, claro está. El graderío, extasiado, vitoreó al ganador, mientras este se sacaba una astilla de fémur de entre los dientes.

EL FIN DEL PRINCIPIO

Román Sanz Mouta y Lorena

Escobar

No podía vivir. Pero tampoco morir.

Tan simple el infinitivo, como asumida la derrota.

No existe peor miseria que la de no tener nada que perder.

Y tampoco que ganar.

Todo llegó como llegan los grandes desastres: sin que la humanidad estuviese preparada. Las noticias colapsaron, del mismo modo que las ciudades, de tal forma que, para cuando la infección ya resultaba incontrolable, más de la mitad de la población mundial estaba contagiada. Familias enteras convertidas en no muertos, escenas que tantas veces se habían recreado en el cine, pero que ahora vagaban por las calles, convertidas en ríos carmesíes con restos de órganos pestilentes. Si Dios tardó siete días en construir el mundo, el demonio solo necesitó tres para mandarlo al traste.

No hubo tiempo para inventar curas porque, directamente, no hubo tiempo para pensar en nada. Aquí no existía un Brad Pitt de rubia cabellera que se convirtiese en el héroe de la humanidad. Ni siquiera se llegó a saber de dónde venía el origen, si animal, vegetal, humano, alienígena. Solo entró un viernes y, para el domingo, sin fiesta que guardar, ya había cogido las riendas de un planeta que ni siquiera se molestó en luchar. Hay que saber cuándo el enemigo te viene demasiado grande.

En toda la hecatombe, entre las hordas de zombis que avanzaban deglutiendo músculo, tendón y memoria, ocurrió un ligero accidente, un acontecimiento que no estaba previsto. En el orden natural del caos, siempre existe un verbo que escapa del sintagma. Elena, sin H, una joven universitaria en el último año de medicina, se contagió, como todos, y comenzó su transformación, como todos, sin embargo, como nadie, no llegó a convertirse del todo. Su piel se agrietó, sí, sus ojos se inyectaron en sangre, sí, su estómago rugía ante la visión de la carne fresca, sí, salvo con una ligera diferencia respecto a sus compañeros, padres, hermano y novio.

No perdió su parte humana.

No cedió al imperativo del olvido.

Reconocía en los rostros sanguinolentos las facciones de aquellos a los que había amado. Podía beber agua, comer otros alimentos que no se movieran entre sus manos.

Era una zombi humana, o una humana zombi. Tanto daba. Los no vivos no la atacaban, y ya no en-

contraba entre los restos masacrados de su ciudad a nadie que aún no quisiera comerse a su vecino. Se convirtió en un fallo en el sistema, una anomalía.

Una muesca en el cinturón del fin del mundo.

Durante meses, trató de buscar supervivientes. Al no encontrarlos, trató de buscar otros errores como ella, gente a medio camino entre lo percedero y lo imperecedero. Tardó meses en llegar a una conclusión que resultaba igual de simple que de aterradora: no quedaba nadie más.

Solo estaba ella.

Ella, y una humanidad tejida con recortes, piernas y manos que se deshacían por las esquinas, vientres abiertos, tripas al aire. Era como haber visitado el infierno por turismo, y perderte entre sus calles.

Entonces, Elena sin H decidió que solo le quedaba una salida: buscar su propio final. Matarse pondría fin no solo a su sufrimiento, sino a ese defecto del nuevo orden mundial. Si era el destino, si la naturaleza lo había deseado así, ¿quién era ella para enturbiar un futuro con olor a descomposición?

Debía morir. Resultaba la única decisión con sentido.

Pero ¿cómo muere lo que no está vivo, ni muerto?

A veces, el final resulta un objetivo imposible.

Su ejecución, un laberinto de estiércol.

¿Cuándo sabes que algo ha terminado?

El último latido coherente.

El sonido del corazón al quebrarse.

¿Lo escuchas?

¿Puedes oírlo?

El hambre sí.

El hambre es lo único que permanece.

La ira, el sentimiento inmutable.

El final como principio, como retorno, como autolítico.

Davinia, el Omega de Elena sin H.

El hambre personificada. La primera víctima. La muerte viviente original. La que navegaba a deriva entre la bestialidad y el vestigio. Un paso más adelante. Evolución absoluta. Reina de los zombis. Reina de soledades.

Cansada.

Comía. Acabó con los humanos. Seguía comiendo. Animales extintos. Continuaba comiendo. A sus congéneres, que no morían en verdad hasta acabar por entero en su buche, entre sus fauces de dientes afilados.

Davinia, en su nido de huesos.

Aburrida.

Davinia, cuya voracidad insaciable no se hastiaba.

Un olor le vino al residuo de fosas nasales. Sonido. Movimiento. Lo sentía todo. El mundo en concreto, sincronizado con ella, su telaraña sensorial. La única. La que sería última. La que no anhelaba ser.

Davinia, quien se enterró muerta para expiar y amanecía de un sueño limbo lejos del horror, beatífico, profundo, para descubrirse zampando, siem-

pre a mandíbula llena.

Se preguntaba sin inteligencia, sin psique, adónde iba, y cómo retornaba. El porqué de esas sensaciones contradictorias. Eso se preguntaba sin comprender tan siquiera que albergaba cuestiones vitales.

Ella comía. Avanzaba. Evolucionaba en metamorfosis. Cada vez más grande. Cada vez más fiera. Cada vez más y menos humana.

Davinia, que buceó en océanos hasta simas para, de nuevo, olvidar y volver a la superficie en despertar de pantagrulia.

Davinia, quien bajó por grutas y cuevas y cavernas hasta el centro de la tierra y más allá, siendo expulsada en inconsciencia y retomando su festín.

Davinia, quien surcó las estrellas para desplomarse en su mundo.

Siempre alimentándose de algo, alguien.

Sin discernimiento, solo sentía, actuaba, aunque, por dentro, inquisiciones eruditas de otra mente, de otras múltiples mentes absorbidas.

Davinia, quien detectó un manjar sin degustar. Que fluctuaba entre la eternidad, el descubrimiento y la verdadera desaparición perenne.

El fin.

Pero antes, siempre, durante, aperitivo.

Davinia, que salió de su nido infinito de huesos, un trono elevado al cielo, para cazar a Elena sin H.

*Y, al final de todo,
cuando el fin es fin,
encuentras un motivo.*

*Resulta el momento más aterrador
de todos: afrontar la esperanza recién
parida es mucho más difícil que perderla.*

Elena sin H lo había intentado todo. El fuego solo le arrancaba una parte de la dermis, que se regeneraba en correosa segregación de nueva *savia*, más putrefacta, más fuerte, más imbatible. Tirarse desde grandes alturas sirvió para dislocaciones varias en huesos fracturados que pronto volvían a su posición normal. Probó a cortarse la cabeza, pero no había filo que traspasase unos músculos adulterados, probó a zambullirse en los tumultos, allí donde el número de zombis superaba, con creces, el metro cuadrado. Inútil. La esquivaban, como se esquivo el amor perdido, sin hacer el menor caso a su ridícula presencia.

Y, cuando había perdido toda la fe por alcanzar un final digno... el final la encontró a ella.

Una mole de desfasadas costuras, tan inmensa como la más dura de las despedidas, fuerte cual tormenta sin dueño, intuitiva hasta extremos insospechados. La descubrió un día, sorprendida por una sombra de tamaño descomunal. Una sombra que parecía seguir sus pasos, acompañarla sin voluntad por unas callejuelas reconvertidas en vertederos. Se trataba de una zombi, no había la menor duda, ningún humano podía alcanzar las formas retorcidas que se adivinaban en el suelo, ni los sonidos guturales que parecían profanar su oído a pesar de la distancia.

Se había convertido en una presa, pero ¿por qué el atacante no atacaba?

Por lo que Elena sin H conocía de los zombis y, creedme, conocía de ellos más que ellos mismos, eran absolutamente incapaces de controlar su apetito. Como seres no pensantes, movidos por los hilos siempre inestables del vicio, su hambre resultaba inherente a su propia existencia. No, aquello suponía un acontecimiento extraño, una duda que crecía con el paso de los días, el lamento de las noches, la rabia de unos atardeceres que se vestían de un luto sin llanto.

Elena sin H estaba siendo perseguida por una zombi que, de momento, controlaba sus instintos.

Trató de evaluar la situación. Tenía ante sí un verdadero enigma. Sus homólogos no manifestaban ninguna capacidad de dominio, además, a pesar de la infección, de la evidente descomposición de sus carnes antes frescas, mantenían la altura y el peso de cuando aún distinguían un filete muerto de un corazón latente. La no muerta que la seguía parecía ser el doble de grande respecto a cualquier mortal. Eso solo podía significar dos cosas: o los zombis estaban mutando, algo prácticamente imposible, pues Elena sin H tenía un máster en anatomía *zombística*, o aquel engendro resultaba, como ella misma, un fallo de programación.

Un error en la *matrix* del fin del mundo.

De modo que, aunque tiempo ha hubiera perdido ese infame sentimiento llamado esperanza, no pudo evitar que la chispa prendiera en un estómago cansa-

do de masticar noches de miedo. Porque llevaba semanas intentando encontrar su final sin conseguirlo, porque caminar entre muertos no era la moraleja que de pequeña le contaban.

Así que se permitió el lujo de la ilusión.

Y trazó el plan para terminar con todo de una jodida vez.

Morir para nacer
Germinar para caer
Sentir como dolor
Doler para sentir
El final como principio
El origen para finiquitar
Uroboros...

Esto pensaría Davinia, en su día poetisa, si tuviere un discurrir coherente y no un cerebro hueco excepto por el hambre, esa pulsión que la obliga a moverse, buscar, comer, anhelar sin saber el qué.

Su persecución de Elena sin H, siempre cuasi concluida hasta la evasión, esas exploraciones que la llevaban lejos y almacenaban recuerdos guardados en ninguna parte, viajes a lo improbable, a las ignotas aventuras, a los enigmas irresolutos.

Y retornaba. Hueca en plenitud, límpida, comiendo, con más hambre, además, apetito por Elena sin H, a quien no conocía pero deseaba. Un paso por

detrás, un instante por delante. A la distancia de un mordisco feroz de loba.

La conciencia global de eso que latía en el núcleo de Davinia declamaba ausencias. El mundo agostado, de vivos ya, de muertos pronto. Animal, mineral, vegetal, humano. El gran parásito depositado en las fauces de los no muertos a los que el futuro importaba nada.

Una oportunidad. Solo una. Ella, la primigenia, demiurga en su condición. Elena sin H, postrera, única, diferente. El desafío de cierre, un telón que no acaba de caer. Abismos de olas traídas por simas que se alzan, estrellas y firmamento que se desploma para dejar la realidad en el ocaso.

Soledad perenne.

Dúo en danza.

Davinia fue única en vida. Única en su primera muerte. Única en su transformación. Hasta que dejó de ser única y todos fueron ella. Y comenzó a despedazar la inhumanidad de parte a órgano para predominar de nuevo (ellos y ellas lo suplicaban en fueros mudos, acabar con el suplicio, con dependencias, Davinia complacía salvaje). Entonces, Elena sin H. Entonces, las fugas. Entonces, ahora.

Esa memoria, almacenada, ¿dónde?

Esos destinos de Davinia, ¿qué generan?

¿Qué la llama y adónde la lleva?

¿Dónde queda aquello que desentraña?

Origen, final. Concepción de la génesis en revertida.

Davinia huele el sueño de su presa y, entonces, se

evanesce enésima para reintegrarse masticando. ¿Y qué masticaba?

El brazo de Elena sin H, dejado de lado, porque la presa ejecutaba su plan, y a Davinia le arrasaba el recordar de sus escapadas en fusión de dos antes personas, de dos corazones...

*Volver nunca será lo mismo.
Lo que antes amabas se ha transformado
en un completo desconocido.
El hielo abrasa con más pasión
que el fuego.
No, las cenizas no prenden otra vez.
Solo recuerdan que,
por más que fuimos,
ya nada volverá a ser.
Daño.
Daño en lo más profundo.*

Bailan.

No resulta una danza melódica, no sigue ningún acorde conocido. Bajo sus pies desnudos reside una pista de baile donde patinan los cuajones de una sangre nueva, vieja, prestada.

Ninguna de las dos fue en vida una buena bailarina.

Davinia percibe algo diferente en su anatomía conjugada.

Cierto sonido rítmico, rezo improbable.

Pum, pum, pum.

Elena sin H, desprendida ya de varias articulaciones, lamenta el *coitus interruptus*: todavía mantiene la conciencia. Si piensa, no estás muerta. Maldita sea. La última oportunidad despedazada.

Davinia se aparta de ella, enorme, tangente, con las fauces desprendiendo el líquido viscoso que otrora navegaba por las arterias de su opuesta. Una punzada de conocimiento presiona los circuitos de su mente.

La conoce.

No, conocerla sería simplificar en exceso su condición.

Davinia la entiende.

Entiende el dolor de su presa. El bocado transforma en hito la siempre fácil tarea de la deglución. Como si al tragarla tragase también una parte de sí misma. Comiéndose en verbo ajeno. Tamaño disparate.

Se miran, porque ahora mirar sí resulta una acción voluntaria. Solas, porque están solas a pesar de verse rodeadas por ejércitos de alineados organismos latentes. No existe una conexión más hermosa que la de saberse único en los ojos de quien te mira.

Algunos imbéciles se atrevieron, un día, a llamarlo amor.

Davinia mueve la boca, impasse indecoroso, para pronunciar unos fonemas que perdió por culpa de la sed. Ella es ella, lo intuye aunque todavía no puede definirlo. Se detiene el instinto voraz, burda loba que siente lástima por una Caperucita sin abuela.

¿Elena? ¿Elena, eres tú?

¿Quién es Elena?

La aludida, causante y causa de muchos de los males que no tienen cura, se estremece al oír de nuevo su nombre. Y lo sabe, porque el final se intuye cuando aún es principio, que está a punto de suceder: ellas eran, son, serán el eslabón perdido.

La piedra sobre la que se asiente la extinción absoluta.

Davinia...

Lloran ambas, ambas dos, el uróboro se alza con el orgullo de quien ha recuperado la propia identidad.

Lloran ambas, ambas dos, porque un día se amaron cuando el mundo aún se detenía durante horas para hacer la digestión.

Nadie contiene el aliento, aunque alguien debería hacerlo.

Presenciar el fin resulta un espectáculo hermoso.

Fugaz como la última estrella que alumbrará el cielo.

Cuando Elena sin H y Davinia fenecieron de orgasmos, el mundo, civilización, cultura, humanidad, cayó al vacío del olvido sin fondo. Severo pozo.

Ni un hálito, ni una brizna de viento, rayo de sol, ola lamiendo la playa, roca desprendida de alta montaña.

Muertos, fagocitados, finiquitados.

Madre tierra en paz descanse y a sus condenados hijos e hijas se trague.

Un agujero negro se forma, uno casi tan profundo como las fauces llenas de hambre de Davinia, como el anhelo por sentir de Elena sin H, vasos comunicantes.

Ese agujero negro cierra el telón de tiniebla, regala el desenlace sin posibilidad de continuaciones, de malas segundas partes.

Más estrellas se apagan, infinitas en cientos de coordenadas.

Sincronización.

Vida, realidad, existencia. No resta nada.

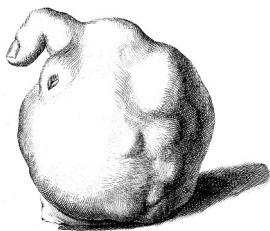
Muy lejos, allende el universo y más allá donde la muerte no deviene constancia, algo que parece infante riega algo semejante a una planta, la cual nace con dos cabezas que brotan emparejadas, que se giran una a la otra, que se besan sin demanda, que se comen y hunden germinando de nuevo para reiterar fábula. Dos que forman unidad en danza. Esa infante ríe feliz, una felicidad ajena tanto como propia. Una felicidad que a galaxias les fue negada.

Esa algo que parece fémica e infante les pone nombre a las plantas con un jeroglífico incomprensible de sonidos. Si tuviere traducción, imposibilidad, podría resumirse en:

Davinia y Elena sin H en el fin del principio.



LORENA ESCOBAR es una escritora murciana que ha participado en numerosas antologías de relatos, además de artículos en revistas y poemas en distintos formatos. Es autora de las novelas *El ilustrador paciente* (Valhalla Ediciones), *La luna a través de la ventana* (Cosecha Negra), *Cuentos de la Mar* (Open City) y *El amor de los cobardes* (Editorial Siete Islas), novela con la que ganó el Premio de Literatura Diversa de 2024.



Este libro se publicó el 5 de abril de
2026, exactamente seis años después
de aquel domingo de resurrección en
que anunciamos los relatos selecciona-
dos para la primera antología Orgullo
Zombi, entre confinamientos
y gritos de
«saldremos mejores».

432 años antes de aquel día, nacía
Thomas Hobbes, que nos dejó otra
consigna que no podemos dejar de te-
ner presente:
homo homini lupus.